

NO ESTAMOS SOLOS

ray lester

CIENCIA FICCION

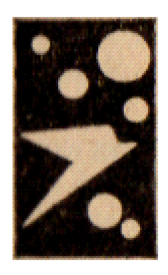

LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

RAY LESTER

NO ESTAMOS SOLOS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 316
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 27.396 - 1976

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1976

HECHOS HISTORICOS

Historia; testimonios de hechos humanos ocurridos.

Aunque se podrían citar cientos de testimonios más o menos verídicos en relación a los ovnis desde los tiempos de Enoch y Ezequiel, hasta la cápsula Piedra de Roseta, pasando por los discos voladores de Moctezuma II ante el propio Hernán Cortés y, sobre todo, en presencia de su historiador Bernardo Díaz del Castillo, voy a limitarme a exponer tres hechos concretos acaecidos en los tiempos modernos y por lo tanto de más fácil comprobación.

12 de octubre de 1944.

En el Centro de pruebas de Kummersdorf se lanza un cohete experimental en presencia del ministro de propaganda germano, Joseph Goebbels, del SS-Gruppenfürer e ingeniero Heinz Kammler, del SS-Reichsführer Himmler, y de otros oficiales mayores del Tercer Reich. Una cámara de seguimiento filma la salida del cohete en todos sus detalles. Tras el revelado y tiraje del filme, se proyecta en sesión de demostración y crítica para las autoridades.

Entonces todos los presentes se llenan de estupor. Un cuerpo esférico, que nadie había visto en el terreno de lanzamiento se eleva al mismo tiempo que el cohete germano y lo acompaña girando sobre éste hasta perderse en el firmamento. Rápidamente se pensó en un nuevo tipo de ingenio enemigo y se solicitaron informes, por medio de los agentes del almirante Canaris en Gran Bretaña. Estos indicaron, días después, que en las bases inglesas venían produciéndose fenómenos similares y que los aliados creían que se trataba de nuevos ingenios procedentes de Alemania.

7 de enero de 1948.

Eran las 13,15 cuando un objeto redondo de unos setenta metros de diámetro aproximadamente, es visto en el cielo de Madisonville, en Kentucky dirigiéndose hacia Fort Knox.

A las 13,45 lo registra el observador de la base aérea de Godman; los propios oficiales lo observan desde el suelo con unos simples prismáticos e incluso a simple vista.

El comandante jefe de la base, coronel Hix, ordena que una patrulla de tres cazas F-51 que en aquellos momentos sobrevolaban Fort Knox, se dirijan a Godman y persigan al objeto. El piloto jefe de

la patrulla es el capitán Mantell.

Son las 14,45 cuando Mantell descubre que el objeto se encuentra por encima de él y sube en su persecución. La velocidad de los tres cazas es de 500 kilómetros hora. Mantell emite por radio su primer mensaje: «Me acerco para examinarlo mejor. El objeto parece metálico y es enorme.»

El objeto está ya a 5.000 metros de altitud y sigue elevándose. Los dos compañeros de Mantell lo pierden de vista entre las nubes y deciden regresar a la base.

A las 15,15 Mantell comunica por radio que no consigue aproximarse al objeto y que abandonará su persecución a 6.000 metros de altura por no disponer de inhalador de oxígeno. Este fue el último mensaje recibido en la base del valeroso capitán Mantell.

Sobre las 16 horas aparecen los restos del F-51 de Mantell esparcidos en un radio de varios kilómetros, prueba de que el avión se desintegró en pleno vuelo.

21 de julio de 1969.
Mar de la Tranquilidad. (Luna.)

Los cosmonautas Neil Armstrong y Edwin Aldrin pisan el suelo de la Luna. Una placa conmemorativa rectangular es fijada en uno de los pies del módulo lunar Columbia. Lleva grabado el siguiente texto:

«Aquí, hombres del planeta Tierra han puesto por primera vez el pie en la Luna. Julio 1969 (d. C.). Hemos venido en son de paz, en nombre de toda la Humanidad.»

Siguen las firmas de Neil Armstrong, astronauta, Michael Collins, astronauta, Edwin E. Aldrin, jr., astronauta, Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos. Hasta aquí el hecho y sus detalles es sobradamente conocidos por todos.

Lo que saben menos personas es que ha quedado en la Luna una cápsula cilíndrica, en silicona de un 99,9999 por ciento de pureza, tratada para resistir temperaturas lunares (desde 250 grados centígrados sobre cero a 100 grados centígrados bajo cero). Se encuentra engarzada en una montura especial de 11 paños, de aluminio plateado por electrólisis, no mayor del tamaño que un lápiz labial.

Dicha cápsula de tan reducidas dimensiones lleva grabados en ella nada menos que los mensajes de 74 jefes de Estado y cuatro documentos con la lista de los oficiales de la NASA, la de miembros de comités senatoriales y parlamentarios, un extracto de la Ley nacional sobre aeronáutica y el espacio, firmada por el presidente Eisenhower en 1968, y citas de los presidentes Kennedy, Johnson y

Nixon. Esta cápsula fue fabricada en un tiempo récord por la firma Sprague Electric Co., gracias al procedimiento Microperm, bajo la dirección del doctor Robert S. Pepper. Sus placas constituyen, pues, con sus textos en diversas lenguas, una verdadera Piedra de Roseta.

En la Tierra acostumbramos recordar ciertos acontecimientos históricos mediante placas conmemorativas. Resulta, pues, natural extender esta tradición a la Luna. ¿Qué significado puede tener instalar en la Luna la cápsula Piedra de Roseta? Sobraba con la placa.

En verdad, aunque Mao silenció este acontecimiento a 800 millones de chinos, nadie ignora hoy la hazaña de los cosmonautas americanos, ni sus nombres, ni la fecha del 21 de julio de 1969, ni el mar de la Tranquilidad. Lo que cuenta no es entonces la placa rectangular conmemorativa, ni la cápsula Piedra de Roseta. Y nótese que la expresión Rosetta Stone figura con todas sus letras en el comunicado a la Prensa, distribuido por la Sprague Electric Co., bajo la referencia NR-155 fechado el 14 de julio de 1969.

Cualquier cosmonauta de cualquier nacionalidad que desembarque en la Luna, conoce ya la existencia de la mencionada placa e, igualmente, la de la cápsula: las dos resultan en buena lógica inútiles por lo que respecta a los astronautas de nuestro planeta.

Entonces, amigo lector, ¿a qué cosmonautas van destinadas?

Todo lo relatado hasta este momento es verídico. Yo me he limitado a extraer y resumir unos hechos acaecidos en su día y ponerlos en conocimiento de mis lectores. Otros hechos parecidos a los dos primeros relatos se suceden en nuestro planeta a un ritmo cada vez más intenso. Y no deseo concluir éste, a modo de prólogo, sin expresar una opinión muy particular que, en ocasiones, llega a angustiarme.

Los estudios de estos fenómenos no deben ser llevados a cabo en la más absoluta clandestinidad por un grupo internacional de investigadores, ni por un organismo monstruoso, patrocinado por la ONU, que ha mostrado suficientemente su ineficacia en otros terrenos. Debe informarse al gran público, tenemos perfecto derecho a ello. Hemos de habituarnos a los problemas que esas furtivas apariciones nos plantean. Hemos de convencernos de que… «no estamos solos en el universo».

A partir de aquí, amigo lector, todo cuanto se relata en esta modesta obra se debe exclusivamente a la imaginación del autor. Todo cuanto en ella se cuenta es ficticio y cualquier semejanza con un hecho acaecido o por acaecer, será puramente fortuita.

Ray Lester.

CAPITULO PRIMERO

Sobre el año 2000.

La nave se movía silenciosa por el espacio infinito, o por lo menos daba esa impresión a pesar de viajar a una increíble velocidad muy superior a la de la luz. Era de regulares dimensiones y toda su brillante superficie plateada emitía destellos al ser alcanzada por los últimos rayos del sol.

En su interior, el comandante de la nave mantenía su atención fija en la pantalla luminosa situada sobre el panel de los mandos. Ligeramente inclinado sobre ella, no dejaba de observar la diminuta esfera del planeta que tenían ante sí.

A su lado, con la frente surcada por arrugas de preocupación, inquirió el primer oficial:

—Es nuestra última oportunidad, ¿verdad, comandante Pubb?

El comandante asintió antes de responder sin apartar la mirada de la pantalla:

—En efecto, Xion. El planeta artificial constituido después de la destrucción apenas si puede sostenerse ya en estos momentos. No podemos fallar en esta ocasión.

El primer oficial Xion dio una lenta cabezada.

—Comprendo, señor.

—Hemos de conseguir asilo para los supervivientes de nuestro mundo en ese planeta que tenemos en pantalla. Es el único conocido del Universo que reúne con exactitud las mismas condiciones de habitabilidad que el nuestro, a pesar de encontrarse situado en una galaxia tan lejana. A pesar de que parezca que no está en nuestro sistema solar es similar al nuestro planeta extinguido. Todos los estudios realizados dieron resultados positivos.

—Los conozco, señor.

El comandante Pubb dejó transcurrir un breve período y apartó la mirada de la pantalla girándose a su primer oficial.

—Sin embargo hemos venido comisionados para dos misiones simultáneas, Xion.

El primer oficial arrugó el ceño extrañado.

—¿Dos misiones, comandante?

—Exacto, amigo Xion —hizo una pequeña pausa y en seguida agregó—: La primera de ellas es conocida por todos ustedes. En cuanto a la otra, a la encomendada personalmente por el Superior... se trata de localizar a Latua Kam y sus acólitos.

El primer oficial Xion se hallaba cada vez más confuso.

—¿Se encuentra Latua Kam en ese planeta, señor?

—Las computadoras han dado una respuesta afirmativa a esa misma pregunta, Xion. Y no vamos a permitir que ocurra, por segunda vez, el mismo desastre.

Xion se pasó la mano por el mentón y tardó un poco en formular la pregunta que pugnaba por brotar de sus labios.

—¿En qué consiste exactamente la segunda misión, comandante? —se decidió, al fin—. Supongo que no será precisamente...

—Siento decirle que acierta, Xion. Hemos de localizar y eliminar a Latua Kam y sus seguidores. Sólo nosotros estamos capacitados para encontrarlos.

El primer oficial llegó al colmo de su perplejidad.

—Comandante... Después de la destrucción se votó una ley que prohibía cualquier tipo de violencia.

—Conozco esa ley, Xion.

—Entonces...

—Por una vez tenemos órdenes concretas de no respetarla. La gente de ese planeta jamás conseguiría eliminar a Latua Kam. Ni siquiera podrían descubrirlo.

El primer oficial movió la cabeza preocupado.

—Es posible que tenga razón, comandante Pubb.

—No lo dude, Xion —replicó, tajante, el comandante. Y tras echar una nueva ojeada a la pantalla, añadió—: Diga a Hol Tery que vaya preparando el sistema de rayos-códigos. Lo utilizaremos para descender a la superficie del planeta, usted, Roll y yo. Hol Tery, Llatt y Him Loky nos aguardarán en la nave.

—Localizar a Latua Kam y su gente puede retrasar considerablemente la misión, comandante.

—Disponemos de medios, Xion. Nuestros científicos han ideado el sistema adecuado. Y lo más importante es que Kam desconoce las coordenadas, ya que se ha construido después de su fuga.

—Comprendo, señor.

—Transmita la orden a Hol Tery.

—Sí, señor.

El primer oficial salió de la cámara central y descendió a la parte inferior de la nave. Poco después regresaba junto a su superior y manifestó, preocupado: —¿Qué ocurrirá si no logramos convencer a los habitantes del planeta, comandante?

Pubb apretó los maxilares y sin apartar la mirada de la pantalla luminosa, respondió:

—Hay que descartar la posibilidad, Xion. Hemos de conseguirlo a toda costa. Tengo órdenes concretas al respecto y haremos algo que antes no quisimos. Todo, menos consentir que nuestra raza desaparezca en el infinito del Universo.

Hubo un silencio entre los dos hombres y acabó rompiéndolo el

primer oficial Xion:

—Los habitantes de ese planeta tienen una forma de pensar muy extraña comandante. Según los informes quedan infinidad de zonas sin poblar. ¿No se ha pensado que pueden ser zonas inhabitables?

El comandante Pubb giró la cabeza y miró sonriendo a su primer oficial.

—Es su primer viaje al planeta gemelo, ¿eh, Xion?

—En efecto, señor. Sin embargo, he repasado infinidad de veces los informes recopilados.

—¿Y encontró en algún escrito la palabra inhabitable?

—No, señor.

Pubb dejó pasar unos instantes y a continuación explicó:

—Toda la superficie de ese planeta es perfectamente habitable para nosotros, Xion. Ha sido comprobado minuciosamente. En cuanto a las zonas despobladas, eso nos hace pensar que no han llegado a su plenitud de evolución. Los mil cuatrocientos supervivientes de la destrucción de nuestro mundo pueden albergarse en una de esas zonas.

Xion movió la cabeza preocupado y después de un breve silencio, volvió al mismo tema.

—Supongamos que no conseguimos convencerlos, comandante. ¿Podría significar la aniquilación de esa gente, creo?

El comandante Pubb miró fijamente a su subordinado sin responder a su pregunta. Después encogió los hombros dejando escapar un tenue suspiro.

—Lo ignoro, Xion.

—¿Cabe la posibilidad?

—Es posible. En todo caso lo tendría que decidir el Superior y su Consejo. Pero si les demostramos que dejarnos un pequeño trozo de su planeta puede resultar beneficioso para ellos…, espero conseguir que accedan a dejarnos venir.

—¿Puedo formular otra pregunta, señor?

El comandante esbozó una sonrisa.

—Adelante, Xion.

—¿Tenemos suficiente capacidad de aniquilación para eliminar a todos los habitantes de ese planeta?

—Usted sabe que sí, Xion —replicó Pubb, sin titubeos—. Se trata de un diminuto planeta diez veces inferior en tamaño, al nuestro. Sin puede decir, sin margen al error, que se encuentran en los primeros balbuceos de la civilización, miles de grados por debajo de nosotros. No obstante.

Al observar Xion que su jefe guardaba silencio, inquirió:

—¿Qué, señor?

—Por una parte no hemos venido con ideas agresivas. Usted

mismo me recordó la ley votada después de la destrucción. Y en segundo lugar, antes de una acción aniquiladora tendríamos que encontrar a Latua Kam y sus secuaces. Ellos podrían causarnos molestias.

—¿No pueden haberse aliado con los habitantes del planeta?

El comandante Pubb miró hacia la pantalla donde cada vez eran más precisas las formas del diminuto planeta y movió la cabeza.

—Personalmente no lo creo. Aunque todo es posible. De todas maneras lo vamos a comprobar muy pronto, amigo Xion.

—Desde luego, señor.

—Haga los preparativos. Roll, usted y yo, iremos provistos de las desintegradoras. Será la única arma que llevaremos encima. Las restantes se quedarán en la nave.

—Perfectamente, comandante.

—Ha llegado el momento de irnos, Xion.

El primer oficial pulsó un resorte color naranja y en seguida subieron a la cámara de manto los otros cuatro cosmonautas de la tripulación. En una cabina de paredes translúcidas con seis discos plateados en el suelo, comenzó a encenderse una luz azulada a ráfagas intermitentes.

El comandante Pubb dio las últimas instrucciones al segundo oficial de la nave, Hol Tery.

Después se dirigió a la cabina donde la luz azulada iba subiendo de tono. En silencio lo siguieron Xion y Roll. Pubb se detuvo ante un pequeño panel y observó atentamente las manecillas de los controles adosados al exterior.

Cuando éstas llegaron al punto deseado penetró en el compartimento acompañado de los cosmonautas Xion y Roll. Cada uno de ellos se situó sobre un disco plateado del suelo y el comandante hizo una señal afirmativa a Hol Tery.

Este conectó una palanca.

Dentro de la cabina la luz fue subiendo rápidamente de tonalidad hasta llegar a un color oscuro. Luego se escuchó un zumbido continuado y empezó a descender la intensidad del color, gradualmente.

Cuando las paredes del compartimento volvieron a ser translúcidas, el comandante Pubb, Xion y Roll, ya no se encontraban en su interior. Habían sido proyectados a la superficie de aquel planeta por medio del sistema puntinista de rayos-códigos.

Hol Tery ondeó la mano haciendo una mueca.

—¡Suerte, compañeros!

*

El cosmonauta Roll giró la cabeza en derredor y contempló la exuberante y verde vegetación que los rodeaba. En sus ojos había una chispa de admiración incontenible.

—Esto es fantástico, señor. La flora de este planeta es realmente maravillosa.

Pubb afirmó moviendo la cabeza.

—Así es, Roll.

—Se puede comparar a la que teníamos nosotros.

—En efecto, Roll —corroboró Pub—, No debe olvidar que las equivalencias son muy similares. Por eso nos encontramos aquí.

Roll dejó escapar una exclamación:

—Palabra que me gustaría este planeta para vivir, comandante. No se puede pedir nada mejor para vivir.

El comandante Pubb volvió a sacudir la cabeza en sentido afirmativo y forzó una sonrisa.

—Lo creo, Roll. Sobre todo, teniendo en cuenta que la fuerza energética de nuestro planeta artificial se acaba, ¿verdad?

Roll enrojeció visiblemente

—No pensaba en eso, señor.

—Pues no debemos dejar de pensar en los nuestros ni un instante, Roll. Ellos han depositado toda su confianza en nosotros. Somos la última esperanza de salvación que tienen.

—Sí, señor. Lo comprendo.

El primer oficial Xion se adelantó, aproximándose a su jefe.

—¿Nos hemos materializado en el punto programado, comandante?

Pubb extrajo de un bolsillo una esfera del tamaño aproximadamente de un reloj y consultó los signos extraños que aparecieron en la diminuta pantalla oscura al pulsar un resorte lateral.

—Tres grados de desviación, Xion.

—Debimos repasar las coordenadas.

—No tiene la menor importancia, Xion —aseguró el comandante —. Nos beneficiará un paseo por la verde superficie del planeta. Presiento que el bueno de Roll acabará con ello.

Roll no dijo nada.

Todo cuanto se podía divisar en torno a los tres hombres aparecía totalmente solitario. Sólo verde vegetación y suaves colinas cubiertas de pequeños árboles.

Pubb pronunció unas palabras y los tres comenzaron a caminar.

No tenían dudas respecto a la dirección que debían seguir y que iba señalando el comandante. Los tres andaban con ligereza, con felina agilidad. Daban la impresión de flotar sobre la hierba.

Poco después apareció ante ellos una carretera asfaltada. Y algo

más allá vieron una placa plastificada que señalaba en una dirección determinada. En ella había unas letras escritas:

LONDRES. 7 MILLAS.

CAPITULO II

—¡Cuidado, Sterling! —gritó la chica desde el fondo de la pista—. Es pelota de set.

Sterling Quine sujetó con fuerza la empuñadura de la raqueta y aguardó, sonriente, el primer saque de ella. La pequeña pelota se le vino encima inopinadamente como un meteoro y alargó el brazo devolviéndola forzadamente.

El resultado fue que la pelota se elevó demasiado y la muchacha remachó a placer el tanto, enviándola fuera de su alcance. Sterling dejó escapar un resoplido mientras ella se acercaba, riendo, a la red.

—Serás un genio persiguiendo delincuentes, querido. Pero jugando a tenis eres una calamidad.

—O quizá tú juegas demasiado bien, Wanda.

Wanda Clarke, veintiocho años, pletóricos de juventud y armonía, se elevó sobre la punta de los pies y depositó un cariñoso beso en la comisura de la boca de él.

—Si algún día me entero que haces trampas para dejarme ganar siempre...

—Te prometo que no. ¿Jugamos otro set?

—Estoy un poco cansada, Sterling.

Desde la semipenumbra fresca del porche trasero de su mansión, el profesor Emmanuel Clarke observaba, complacido, a los dos jóvenes. Estaba satisfecho con la próxima unión matrimonial de su hija Wanda con el inspector de policía Sterling Quine. Este tenía por delante un brillante porvenir dentro del cuerpo debido a su honestidad y sobre todo a su agudeza mental para resolver los casos más complicados.

Sterling contaba treinta años y su cuerpo era atlético, carente por completo de grasa superflua. El rostro de duras facciones, que sólo se suavizaban cuando hablaba con Wanda, y el cabello cobrizo, descuidado y largo en falsa apariencia.

Meditó el profesor Clarke que sus nietos serían fuertes y de envidiable salud. Porque bajo el muy femenino cuerpo de su hija Wanda también existía una atlética constitución.

—Buenas noches, profesor. Sentimos perturbar su meditación.

El profesor Clarke respingó, girándose en la butaca de plásticos trenzados y quedó unos instantes perplejo contemplando a los tres hombres que procedentes del interior de la vivienda se hallaban en la puerta de entrada a la terraza.

—¿Quiénes son ustedes?

El comandante Pubb hizo un vago ademán con las manos.

—Eso no importa ahora, profesor Clarke.

—¿Cómo han podido penetrar en mi casa?

—Sus sistemas de alarma son simples, rudimentarios. Hemos de hablar sobre un tema de vital importancia para nosotros.

El profesor Emmanuel Clarke los miró y frunció el ceño.

—No recuerdo haberlos visto jamás.

Pubb sonrió dando una lenta cabezada.

—De eso puede estar seguro, profesor.

—¿Qué desean de mí?

—Ya se lo he dicho. Sólo hablar. Y de verdad que lamentamos habernos presentado a esta hora de la noche.

Wanda y Sterling habían apagado los reflectores que iluminaban la pista de tenis y acudían charlando animadamente hacia la terraza. Clarke señaló a la pareja de jóvenes moviendo el mentón.

—Les advierto que ese hombre es inspector de policía. Pueden llevarse un disgusto.

Los hasta entonces silenciosos Xion y Roll aproximaron la diestra a un bolsillo de sus indumentarias, pero Pubb los contuvo haciendo un leve movimiento. A continuación trató de que el tono de su voz resultara amigable, a Emmanuel Clarke.

—No deseamos tener problemas, profesor, se lo aseguro. Sólo robarle un poco de su valioso tiempo.

—¿Por qué tengo que escucharlos?

—Porque mil cuatrocientas personas, supervivientes de nuestro planeta, corren el peligro de desaparecer, profesor —dijo lentamente Pubb—. ¿Le parece motivo suficiente? Usted está considerado como el cerebro más privilegiado del Instituto de Princeton y es la única persona en la Tierra con suficiente capacidad mental para comprender nuestro dilema en todos sus matices.

En aquel instante llegaron a la terraza Wanda y Sterling. El joven se percató en seguida de la gran sorpresa que expresaba su futuro suegro, en el rostro.

Pero se le adelantó Wanda diciendo:

—No sabíamos que estabas acompañado, papá.

Su padre dejó escapar un gruñido.

—Yo tampoco lo sabía, hija.

Sterling Quine posó los ojos en los tres hombres que permanecían en pie junto a la puerta de la terraza y, después de unos segundos, desvió brevemente la mirada a su futuro suegro.

—¿Quiere presentarnos, Emmanuel?

—Ignoro la identidad de estos tres hombres, Sterling —replicó, grave, el profesor—. Por sus palabras anteriores se puede deducir que son extraterrestres. No puedo asegurarte que se trata de una broma de mal gusto. Conocen mi trabajo en Princeton.

Sterling Quine arrugó el ceño y clavó la mirada en los otros tres.

—Identifíquense —pidió, silabeante—. Quiero escuchar sus nombres y nacionalidad, claramente.

El comandante Pubb levantó los hombros y después de mirar con un amago de sonrisa en los labios a Quine, dijo: —Soy el comandante Pubb. Estos son mi primer oficial Xion y el cosmonauta Roll. Los tres procedemos del extinguido planeta Vluo. Seguro que ustedes ni siquiera han escuchado hablar de él.

*

Sterling Quine apretó los labios.

—El carnaval pasó hace unos meses, amigos. Será mejor que hablen con claridad...

Su futuro suegro, el profesor Clarke, levantó una mano interrumpiendo a Sterling.

—Un momento, Sterling —a continuación se giro al comandante Pubb y mirándolo fijamente, agregó—. Si es cierto que son ustedes hombres del planeta Vluo significa que han viajado a la Tierra en un UFO, ¿me equivoco?

Pubb rió bajito, algo irónico.

—Creo que, en su terminología, ése es el nombre que aplican ustedes a nuestras naves, en efecto.

—¿Y de verdad espera que me crea semejante patraña, comandante?

—Tengo confianza absoluta en ello, profesor.

Emmanuel Clarke dejó escapar un suspiro.

—Pues lo siento por usted, amigo. Le va a costar mucho trabajo convencerme de lo que dice.

Hubo una breve pausa y la rompió Pubb empezando a decir despacio:

—No veo la razón de mantener una postura negativa por su parte, profesor Clarke. Un miembro del propio Instituto de Princeton, un científico como usted, presentó hace años el resumen de un estudio basado en la posibilidad de que existan partículas más veloces que la luz. Si imaginamos que un cuerpo sobrepase la velocidad de la luz, la energía, en la ecuación de Einstein, se convertiría en seguida en lo que los matemáticos llaman un número imaginario. ¿Continúo la explicación, profesor?

Clarke miraba intrigado a Pubb.

—¿Cómo puede usted saber eso?

—Nosotros sabemos infinidad de cosas respecto a su planeta, profesor —sonrió el comandante Pubb—. Siguiendo en la terminología de ustedes para medir el tiempo, llevamos muchos años estudiando al planeta Tierra y sus habitantes. El cerebro más

privilegiado que tuvieron, Einstein, probó que en el universo, donde todo es relativo, sólo existe un valor absoluto: la velocidad de la luz. Si un cuerpo de cualquier dimensión se aproximara a dicha velocidad o si llegara a sobrepasarla, su energía llegaría a ser ilimitada, sus dimensiones se reducirían a cero, y hasta el tiempo para él se detendría. ¿Estoy consiguiendo interesarlo con mis palabras, profesor?

Antes de que respondiera Clarke se le adelantó Sterling Quine.

—Conozco un lugar apropiado para usted, amigo —farfulló, haciendo intención de ir hacia el comandante Pubb—. En un manicomio podrá explicar todas sus teorías ante un auditorio que lo comprenderá perfectamente. Ya lo verá: Emmanuel Clarke volvió a contener a su futuro yerno haciendo un ademán con la mano.

—Déjalo, Sterling, por favor. Todo lo que dice este hombre resulta apasionante. Si es verdad que han resuelto el problema del cociente de dos cifras imaginarias convertidas en una cifra real y la energía de una partícula se ha convertido en la cifra real de una ecuación, esta partícula jamás podría encontrarse en reposo y nunca podrá desplazarse a una velocidad inferior, o incluso igual, a la de la luz.

Sterling Quine miró atónito al padre de Wanda y permaneció quieto.

El comandante Pubb sonrió enigmático.

—Gracias, profesor. Aunque en verdad debo decirle que este hombre nunca hubiera podido causarme el menor daño.

—Se trata de mi futuro yerno, el inspector de policía Sterling Quine. Esta es mi hija Wanda.

La muchacha forzó una leve sonrisa dirigida a Pubb, pero en cambio el joven lo miró fruncido el entrecejo.

—No esté tan seguro de que no puedo causarle daño, amigo.

En la mano del comandante Pubb apareció una cajita rectangular, después de efectuar un veloz movimiento. Era plana, de Unos seis por dos centímetros aproximadamente. Mirando de soslayo a Quine señaló hacia el jardín y preguntó a Clarke: —¿Algún objeto de su jardín rompe la estética, profesor?

—¿Qué piensa hacer?

—Demostrar a su futuro yerno que nada puede contra nosotros. ¿Tiene inconveniente?

Emmanuel Clarke movió la cabeza en lenta negativa y luego señaló en dirección a una estatua, de mármol, a la que odiaba desde el primer día que fue a la mansión.

—Aquella figura rompe la armonía del conjunto.

—Perfectamente.

El comandante Pubb dirigió la pequeña cajita hacia la estatua y oprimió un resorte situado en la parte lateral. Dio la impresión de que brotaba un rayo azulado de su mano y se estrellaba en la estatua de

mármol. Inmediatamente, llenos de estupor, Clarke, su hija y Sterling Quine vieron que la figura se desintegraba.

Era una estatua de mármol, de unos dos metros de altura situada sobre un pedestal de gran peso que no bajaba del metro. Entre pedestal y figura pesaban unas tres toneladas.

Sin embargo, el lugar que ocupaban unos instantes antes quedó totalmente desierto.

¡Habían desaparecido, volatizadas ante sus propios ojos!

Después de unos segundos, inquirió Emmanuel Clarke:

—¿Qué ha pretendido demostrar con eso, comandante Pubb?—Es una pequeña muestra de nuestro inmenso poder, profesor —replicó éste—. La estatua y su base han sido desintegradas sin posibilidad alguna de reaparición.

—¿Ha querido darnos a entender que la Tierra estaría perdida, si emprende una campaña contra ustedes?

Pubb levantó los hombros displicentemente.

—Puede que, en el fondo, ésa haya sido mi intención, profesor —confesó—. No obstante, vuelvo a repetirle que estamos aquí en son de paz. No deseamos una guerra.

Se giró a Sterling Quine que seguía contemplando asombrado e invitó, sonriente:

—¿Quiere sentarse, ahora, y escuchar lo que voy a proponerles, Quine? Le ruego que usted también tome asiento, señorita Clarke.

Wanda dio una silenciosa cabezada y se sentó junto a su padre.

CAPITULO III

Sus dos hombres, Xion y Roll, seguían imperturbables a su espalda con los brazos cruzados ante el pecho y una máscara inexpresiva plasmada en los rostros.

El comandante Pubb paseó la mirada por los tres seres terrestres sentados ante él, aunque dedicó una mayor atención al profesor Clarke cuando se decidió a hablar.

—Nuestro planeta Vluo, formaba parte de un sistema solar situado en la galaxia de Géminis —empezó diciendo Pubb, hablando despacio —. Tengan en cuenta que para un mayor entendimiento me expreso en la lengua y términos de ustedes, tales como años, kilómetros, nombres aplicados en la Tierra, números... Llevamos muchos años estudiándolos y puedo hacerlo sin dificultad.

Emmanuel Clarke dio una lenta cabezada.

—Siga, por favor.

—Cierto día, en nuestro planeta, diez veces mayor que la Tierra, los científicos descubrieron que llegaba el fin de Vluo y nada podíamos hacer por detenerlo. En la forma de medir el tiempo de ustedes significaban cientos de años, en la nuestra sólo unos días. No estábamos dispuestos a que las razas existentes en Vluo desaparecieran del universo y de inmediato nos pusimos a construir un planeta artificial. Logramos hacerlo y alejarlo del estallido inminente de Vluo. Con ello conseguimos salvar a nuestros mejores cerebros, en primer lugar, algunas mujeres para una futura procreación y un puñado de niños adelantados en inteligencia que serán debidamente enseñados. Pero la catástrofe fue tremenda. Para que se hagan una idea les diré que Vluo estaba poblado por unos treinta mil millones de habitantes y sólo mil cuatrocientos de ellos conseguimos escapar a la destrucción, gracias al planeta artificial.

El profesor Clarke se echó hacia adelante en su asiento interesado en el relato de Pubb.

—¿Dónde se encuentra actualmente dicho planeta, comandante?

—En la galaxia Andrómeda, muy próxima a la de ustedes. Describe órbitas en torno a un planeta, como la Luna alrededor de la Tierra o Titán girando sobre Saturno.

—Comprendo.

—Sin embargo —prosiguió el comandante Pubb—. A pesar de que teníamos la vida asegurada en el planeta artificial, nuestros científicos sabían que no era por tiempo indefinido. Y nuestras veloces naves han tenido que recorrer todas las galaxias cercanas buscando un lugar apropiado donde continuar nuestra existencia. Finalmente tuvimos

suerte y se ha podido comprobar que el planeta Tierra reúne similares condiciones de vida que el extinguido Vluo. La búsqueda llegó a su fin y, desde hace años, hablando en términos terrestres, los estamos estudiando concienzudamente. Hemos llegado a la conclusión de que sólo en la Tierra podemos tener un lugar para nosotros.

Enmanuel Clarke se enervó en el asiento y arqueó las cejas.

—¿Han pensado invadir la Tierra?

Pubb denegó sonriendo.

—Veo que no me entiende, profesor. Nosotros, los supervivientes de Vluo, no tenemos necesidad ni deseo de declararles la guerra. Nos basta con disponer de un diminuto trozo de planeta. Recuerde que sólo somos mil cuatrocientas personas.

—¿Y pretenden convivir con los seres terrestres?

—¿Por qué no? No digo que vayamos a convivir con ustedes en las mismas ciudades, aunque podría ser posible, sino que nos ofrezcan un lugar despoblado de los muchos que tienen todavía aquí. Puede ser una isla si lo desean.

Hubo un silencio y lo rompió Clarke inquiriendo:

—¿Por qué hemos de hacerlo, comandante?

Pubb tardó un poco en responder. Al cabo de unos interminables segundos, dijo suavemente:

—Existen varias razones y todas poderosas, profesor. En primer lugar, y a pesar de la enorme desproporción, podemos destruir toda clase de vida animal y vegetal del planeta Tierra. En segundo lugar, lo avanzado de nuestra ciencia será de gran ayuda para ustedes. Enfermedades que todavía permanecen incurables pueden ser perfectamente combatidas y vencidas, sin dificultad. En tercer lugar, también en la conquista del espacio podemos impulsarlos a límites insospechados. Incluso podemos llegar, si lo desean, a una mezcla de razas que podría resultar beneficiosa para ambos grupos étnicos.

Sterling Quine, fruncido el ceño, inquirió sardónico:

—¿Está seguro de eso, comandante?

Pubb lo miró fijamente y dejó escapar una risita.

—No veo la razón que lo impida —hizo una breve pausa y sin dejar de sonreír, añadió—: Los vluanos no somos telépatas, pero creo adivinar lo que está pensando, Quine.

—¿De veras?

—En su imaginación nos ve como seres extraños, pequeños, de piel verde o azul y antenas en la frente. Y, al mismo tiempo, supone que somos mutantes y por eso nos podemos presentar ante ustedes con aspecto terrestre, ¿me equivoco?

El significativo silencio de Sterling corroboró que el comandante no andaba desencaminado.

Y fue Wanda la que preguntó:

—¿No es así, comandante?

Pubb se giró a ella enarcando las cejas.

—Me sorprende su pregunta, señorita Clarke.

—¿Por qué?

—¿Usted cree en Dios?

—Desde luego.

—¿Y ha leído el libro primero del Génesis?

Wanda Clarke parpadeó extrañada mientras su padre y Sterling observaban, silenciosos, al extraterrestre.

—Sí —murmuró.

—Entonces tiene que saber que Dios creó la Tierra, el Sol, la Luna y las Estrellas. O dicho de otra forma; el Universo. También dice el Génesis que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, ¿Acaso lo ha olvidado alguna vez?

Wanda sacudió la cabeza en sentido negativo, sin despegar los labios y agregó Pubb:

—¿Por qué íbamos a ser diferentes, nosotros?

Después de la pregunta del hombre de Vluo se hizo un pesado silencio entre los reunidos. Transcurrieron unos segundos interminables hasta que el profesor Emmanuel Clarke compuso una mueca llena de escepticismo, diciendo: —Supongamos que aceptamos sus explicaciones como buenas, comandante Pubb. Todo cuanto ha dicho lo damos por bueno.

—¿Tiene alguna duda, profesor?

Clarke encogió los hombros.

—Eso es lo de menos, ahora —dijo, pensativo—. Existen problemas de mayor importancia.

—¿Cuáles?

—Usted debería saberlos, puesto que está al corriente de cuanto ocurre en la Tierra —replicó un tanto áspero Clarke—. Creo que su petición ha sido formulada en un lugar inadecuado, comandante. No somos los ingleses los que debemos aprobar el asilo a los vluotianos.

Pubb movió afirmativamente la cabeza.

—Supongo que se está refiriendo a la absurda división del planeta en parcelas a las que llaman naciones ¿no?

—Exactamente.

—Las cuatro potencias reconocidas del planeta son: Estados Unidos, Rusia, Alemania y China. ¿Es así?

—En efecto. Y yo soy de nacionalidad inglesa.

—Pero usted es miembro activo del Instituto de estudios avanzados de Princeton, profesor. Un organismo que posee extraordinario prestigio entre las cuatro naciones dueñas del planeta, a pesar de hallarse ubicado en los Estados Unidos.

Emmanuel Clarke hizo un gesto ambiguo.

—Puede que tenga razón.
—No lo dude, profesor —aseguró el comandante Pubb—. Sabemos positivamente que tanto rusos, como alemanes y chinos, tienen plena confianza en los estudios que se llevan a cabo dentro del organismo en el que usted presta sus servicios.
—Aun así…
—Usted es el científico de mayor prestigio en Princeton, profesor.
—No esté tan seguro de eso, comandante.
—Nos consta. —Al ver el extraterrestre que Clarke guardaba silencio, agregó—: Tiene que solicitar una conferencia con los cuatro jefes de estado y tratar de convencerlos, profesor.
Clarke levantó la mirada vivamente.
—¿Cómo dice?
—Lo ha escuchado perfectamente, profesor.
Emmanuel Clarke dejó escapar un resoplido. Luego comenzó a mover la cabeza de un lado a otro.
—No sabe lo que me está pidiendo, Pubb. Usted no parece darse cuenta de la imposibilidad…
El comandante vluotiano lo cortó con un seco ademán.
—Lo único que cuenta para mí es que la vida de mil cuatrocientos vluotianos depende de mi gestión acerca de los terrestres, profesor Clarke. No deseamos la guerra, pero estamos dispuestos a salvarnos al precio que sea.
Clarke lo miró fijo a los ojos.
—Si piensan conseguirlo por medio de la violencia…
—¡No sea absurdo, profesor Clarke! —estalló Pubb, perdida la serenidad de que había hecho gala hasta entonces—. Vuelvo a repetirle que no deseamos emplear la violencia.
Hubo un corto silencio y agregó el extraterrestre:
—¿No se hace cargo de nuestra desesperación por sobrevivir, profesor Clarke? Estoy completamente seguro de que si la situación fuese a la inversa, nosotros lo: acogeríamos sin titubeos.
Clarke se masajeó el mentón. Súbitamente se incorporó en su asiento y dio unos pasos por la terraza.
—Puedo hacerme perfecto cargo de la situación del ustedes, comandante Pubb —dijo, gesticulando con ambas manos—. Lo que ocurre es que no puedo hacer nada por ayudarlos. ¿Cómo han podido pensar que los dirigentes de la Tierra seguirían mis consejos? ¿Cómo puedo estar completamente seguro de la historia que nos ha contado? Aun admitiendo que sea cierto y yo, en mi calidad de científico, atestigüe que existe un setenta por ciento de posibilidades de su veracidad, los cuatro jefes de estado de los países más poderosos del planeta se negarán a aceptarla. Ellos son neófitos en cuestiones científicas.

El comandante Pubb guardó silencio unos segundos Más tarde se dirigió de nuevo a Clarke preguntando:

—¿Está completamente seguro de eso, profesor?

—¿De qué?

—De que los dirigentes del planeta se negarán a admitir la veracidad de los hechos a pesar de que usted los corrobore.

—Sólo existe un diez por ciento de posibilidad en favor de ustedes, comandante Pubb. Y aún así tendrían que entablar conversaciones de alto nivel para decidir si acceden a concederles asilo.

—No podemos esperar, profesor.

Clarke encogió los hombros.

—Lo siento de veras, comandante Pubb.

El vluotiano cambió una breve mirada con sus dos taciturnos compañeros y dijo a Clarke:

—Tendremos que llevar a la práctica el plan L-32, profesor.

—¿El plan L-32? —repitió Clarke sin comprender.

—Consiste en llevarlo a nuestro planeta artificial, profesor Clarke. En la galaxia Andrómeda.

Tanto Sterling Quine como Wanda saltaron en pie, alarmados por las palabras del comandante. El inspector de policía apretó los puños y miró, desafiante, al extraterrestre.

—No vamos a consentir que se lleven al profesor, Pubb.

—No sea majadero, Quine —dijo, en tono despectivo, el vluotiano —. Nada pueden hacer por impedirlo.

—En ese caso tendrán que llevarnos con él —terció Wanda—. No pienso dejar solo a mi padre.

El comandante Pubb se quedó unos instantes observando la chispa desafiante que brillaba en las pupilas de la hermosa muchacha y acabó dando una cabezada.

—No tengo inconveniente en que nos acompañen usted y su prometido, señorita Clarke. De todas formas debo advertirle que su padre no haría el viaje a nuestro planeta artificial como único terrestre.

Emmanuel Clarke arrugó el entrecejo.

—¿Qué quiere decir, Pubb?

—Que los cuatro jefes de las naciones más poderosas de la Tierra nos acompañarán, profesor Clarke.

CAPITULO IV

Sterling Quine parpadeó deslumbrado por el fogonazo azulado que súbitamente brilló ante él. Fue como el flash de un fotógrafo situado a escasa distancia de si rostro. Paulatinamente desapareció la azul tonalidad y cuando pudo ver con claridad respingó sobresaltado.

¡Se encontraba en el interior de una nave espacial!

Podía jurar que sólo una décima de segundo antes se encontraba en la terraza de la mansión Clarke y no obstante no había la menor duda de que aquello era el interior de una extraña nave espacial. A su lado se hallaba Wanda tan atónita como él mismo.

El comandante Pubb les hizo una indicación para que abandonaran la cabina de proyección y obedecieron anonadados, siguiendo al profesor Clarke que no parecía menos perplejo.

Pubb se giró sonriendo al padre de Wanda.

—¿Empieza a creerme ahora, profesor?

Emmanuel Clarke asintió moviendo la cabeza.

—Esto e...sto es realmente maravilloso, comandante Pubb.

—En el departamento inferior de la nave se encuentran los cuatro jefes de estado, profesor —explicó Pubb señalando una escotilla abierta en el suelo—. Puede ir y adelantarles algo de lo sucedido.

Clarke abrió mucho los ojos.

—¿Cómo han podido...?

Pubb emitió una suave risita.

—¿Traerlos a bordo? Quizá un día no muy lejano pueda explicárselo, profesor. Cuando colaboremos juntos en la Tierra.

Clarke lo miró fijo a los ojos.

—Está muy seguro de ello, ¿eh?

—Completamente. Ande, profesor, los dirigentes de su planeta se encuentran demasiado excitados por el incomprensible fenómeno que les ha sucedido. Trate de calmarlos.

Clarke siguió al primer oficial Xion a la parte inferior de la nave y en la cámara de mandos quedaron Sterling y Wanda acompañados del comandante Pubb. Hol Tery y Roll. La muchacha buscó apoyo en el pecho del joven que le rodeó los hombros con el brazo.

Pubb lo advirtió y se aproximó a ellos.

—¿No puede soportar la presión interior, señorita Clarke? Podemos devolverlos a la superficie de la Tierra si lo desean.

—No —se apresuró a contestar ella—. Prefiero permanecer junto a mi padre.

—A su padre no le ocurrirá nada, Wanda —aseguró Pubb—. Se lo garantizo.

—Estamos decididos a ir con el profesor Clarke, Pubb —intervino hosco, Sterling—. Nos encontramos bien.

Pasados los primeros instantes de sorpresa, Sterling Quine se mostraba totalmente dueño de sus nervios y no pudo por menos que admirar el comandante Pubb: —Poseen ustedes un elevado grado de valor, Quine, ¿usted no acusa la presión?

—Me encuentro perfectamente.

—Hubiera hecho un buen cosmonauta, Quine.

El joven torció los labios riendo sardónico.

—Puede que me decida a cambiar de profesión después de esta obligada experiencia, Pubb.

El comandante de la nave dejó escapar una risita.

—Su sentido del humor es envidiable, Quine.

—¿Por qué no deja de alabarme y me dice cuánto tiempo hemos de permanecer en el interior de la nave, Pubb?

—¿Lo quiere en términos terrestre o vluotiano, Quine?

—Si no le importa prefiero lo conocido.

Antes de contestar esperó unos instantes el comandante. A continuación informó enfático:

—Dos segundos a lo sumo, Quine.

Sterling se quedó estupefacto.

—Usted bromea.

—En absoluto, Quine —replicó serio Pubb—. Abandonaron el planeta exactamente a las 21,04. Y a la misma hora del mismo día estarán de regreso, se lo prometo. Sólo existen uno o dos segundos de margen para el error.

*

El presidente de Estados Unido, Harold Grant, fue el primero en reaccionar, cuando el profesor Clarke hubo concluido su detallado relato de lo ocurrido hasta entonces. Sin embargo, habían transcurrido largos segundos antes de poder decir: —¡Es increíble...!

El primer ministro de China, Tse Ming, se puso a farfullar coléricas palabras en su idioma.

—Será mejor que todos hablemos inglés, señor —pidió tranquilamente el profesor Clarke.

—¡Todo esto es abominable! —siguió, enfurecido, el primer ministro chino—. ¡No puede estar ocurriendo!

También el canciller alemán expresó su protesta exclamando:

—¡Usted debe tener una explicación más lógica para todo esto, profesor Clarke!

Emmanuel Clarke lo miró unos instantes y sonrió apagadamente.

—No la tengo, señor.

Dimitri Yusoff, presidente del Soviet Supremo, clavó una dura mirada en Clarke.

—Su reputación en asuntos relacionados con el espació es la más acreditada del mundo, Clarke. No acabo de comprender lo que sucede, pero me temo que han ensayado algo nuevo y eligieron esta extraña manera para demostrarlo.

El profesor Clarke se pasó la mano por el rostro y después de mirarlos uno a uno, empezó a decir lentamente: —No pueden sorprenderse totalmente de lo que sucede, señores. Aun admitiendo que yo mismo me sorprendí en los primeros momentos, puedo asegurar que ya no lo estoy en absoluto. Todo el relato del comandante Pubb es verídico, podría jurarlo.

Harold Grant inició una airada protesta.

—¡Pero...!

—¡Le ruego que me deje acabar, señor presidente! —lo atajó Clarke con duro acento. Esperó a que todos le prestaran nuevamente atención y prosiguió—: El gran público, el hombre de la calle, podría llenarse de infinito estupor ante una situación insólita como la presente, es cierto. Pero no ustedes, señores. Les consta que durante muchos años la Tierra viene siendo visitada por extraños ingenios extraterrestres. Por sus manos han pasado documentos acreditativos de lo que estoy diciendo, informes secretos facilitados por los organismos oficiales que crearon para el estudio de esos fenómenos. Sin embargo se obstinaron en seguir ocultando al mundo lo que estaba pasando. Sellaron labios de militares y hombres de ciencia alegando que la gente no se hallaba mentalizada para una coyuntura semejante. Y en ningún momento se han preocupado de hacerlo, de preparar a nuestros semejantes, los terrícolas, de cara al futuro. Era más cómodo dejar que siguieran creyendo a su antojo en los OVNIS, especulando con más o menos acierto, sin tener que molestarse en explicar unas razones que tenían perfecto derecho a conocer.

Hizo una pausa Emmanuel Clarke y ante el silencio general, agregó:

—No me digan que esta situación los llena de asombro porque me veré obligado a llamarlos hipócritas con el debido respeto, señora. Ustedes sabían que esto podía llegar a suceder, un día. Bien, pues ahora ha llegado el momento porque nos encontramos en la encrucijada. ¿Damos asilo a los supervivientes de Vluo? ¿Informamos a todos los habitantes del planeta de lo que sucede? ¿Nos exponemos a ser aniquilados por los vluotianos o, por el contrario, preferimos acogernos a la superior sabiduría que poseen, y nos beneficiamos dándoles asilo? Son tres preguntas que tendrán que responderse con absoluta sinceridad, señores. Ha llegado el momento de dejar a un lado los convencimientos doctrinales, las ideas políticas, y conseguir

una unidad de criterios por el bien de la Humanidad. Ustedes tienen la palabra, señores.

El primer oficial Xion, y los otros dos cosmonautas, habían escuchado en silencio las palabras del profesor Clarke. Ahora, antes de que ningún jefe político de la Tierra pudiese responder, se adelantó Xion paseando la mirada por ellos.

—Antes de que tomen una decisión les ruego tengan en cuenta todos los factores del problema. En el planeta artificial se encuentran mil cuatrocientas personas, muchas de ellas mujeres y niños. Sólo pedimos un pedazo insignificante de la Tierra para poder vivir en paz. No somos una raza amante de la guerra.

Los jefes de estado se miraron entre sí.

Permanecieron silenciosos largo rato sin que ninguno de ellos se decidiera a hablar.

Emmanuel Clarke los estuvo mirando con un destello desdeñoso en las pupilas y finalmente se encaminó a la escotilla que llevaba al piso superior de la nave. Fue entonces cuando llamó el ruso Yusoff: —¡Espere, Clarke!

El profesor inglés se detuvo teniendo ya las manos apoyadas a la escalera vertical y desvió la mirada hacia él.

—¿Qué desea, señor?

Ante el tono frío e indiferente del profesor inglés, Dimitri Yusoff carraspeó molesto y miró una vez más a sus colegas. Luego empezó a decir titubeante: —Bueno…, creo que a todos nosotros nos interesa escuchar su opinión particular del problema.

Clarke arqueó las cejas irónico.

—¿No ha quedado lo suficientemente clara, señor? Procuraré expresarme mejor la próxima ocasión.

—No es momento de sarcasmo, profesor Clarke —recriminó adusto al estadounidense Grant—. Lo que Yusoff desea saber es si usted, en calidad de científico, aprueba que dejemos vivir en el planeta a los hombres de Vluo.

Clarke paseó la mirada por los jefes de estado.

—¿Influirá mi respuesta en la decisión que tomen?

El alemán Gerd Miller encogió los hombros.

—Es posible, Clarke. Comprenderá que antes de llegar a una conclusión debemos mantener una conversación privada.

El profesor Clarke dejó escapar una apagada sonrisa antes de contestar a los altos dignatarios de la Tierra.

—Mi sincera opinión es que nada pueden hacer por evitarlo, señores. Hablen lo que quieran, pero finalmente tendrán que acceder a las pretensiones de los vluotianos. Les guste o no, van a ser nuestros vecinos en cualquier lugar del planeta. —Hizo una pausa intencionada y agregó—: En cuanto a que sus conocimientos resulten

beneficiosos para nosotros... Estimo que es muy posible.

Dicho esto subió la corta escalera y desapareció por la escotilla.

El primer oficial Xion, dijo, entonces, a los cuatro terrícolas:

—Pueden hablar cuanto deseen, señores. Prometemos no intervenir en la discusión y lamentamos no disponer de una sala privada en la nave. Se hacen cargo, ¿verdad?

Sus últimas palabras fueron pronunciadas con cierto tono irónico que captaron perfectamente los jefes de estado.

El profesor Clarke llegó a la cámara de mandos y sonrió a Sterling y Wanda.

En seguida se le aproximó el comandante Pubb.

—¿Los ha convencido, profesor?

—A pesar de todos los estudios realizados, sigue sin conocer a los habitantes del planeta Tierra, comandante —replicó, risueño, Clarke —. Antes de tomar una decisión deben discutir hasta la saciedad.

—No dispongo de tiempo, profesor.

Clarke levantó los hombros.

—Le prometo que hice cuanto pude.

Pubb señaló entonces en dirección a la cabina de los seis discos plateados en el suelo.

—Entre conmigo ahí, profesor Clarke.

El inglés frunció el ceño.

—¿Pretende que hagamos otro viaje relámpago, Pubb?

—Quiero hablar a solas con usted, profesor —dijo, serio, el comandante de la nave.

Clarke lo siguió al interior de la cabina y Pubb cerró la puerta a su espalda. Antes de que comenzara a hablar, dijo el inglés: —¿Me permite decirle algo antes de empezar, Pubb?

—Adelante, profesor.

—En la Tierra se habrá planteado un grave problema. No todos los días se raptan, simultáneamente, a cuatro jefes de estado. ¿No ha pensado en las consecuencias?

CAPITULO V

—No habrán consecuencias, profesor Clarke.

—¿No?

—Esos hombres serán devueltos a la superficie del planeta exactamente a la misma hora del mismo día en que vinieron aquí. Con el alemán y el ruso no tenemos problemas, puesto que se hallaban durmiendo. En cuanto al estadounidense se encontraban despachando con su secretario particular. El pobre hombre tendrá la impresión de que ha sufrido un vahído y durante un par de segundos ha perdido de vista a su presidente. Con el chino ocurrirá algo semejante, pero serán siete personas las que creerán sufrir el mareo colectivo.

Emmanuel Clarke se había tomado todo aquello con tranquila flema británica. Después de sufrir la experiencia de la proyección de materia se prometió a sí mismo no sorprenderse de cuanto ocurriese en el futuro. Por eso inquirió, en tono burlón: —Aunque se trate de una explicación elemental... ¿Dispone de tiempo y humor para dármela, comandante Pubb?

El vluotiano hizo una mueca.

—Es muy sencillo, profesor.

—Lo suponía. ¿Cómo lo conseguirá?

—Ustedes tuvieron en la Tierra a un cerebro verdaderamente excepcional. Me estoy refiriendo a Einstein. Dijo y probó ya en el año 1905, que en el Universo, donde todo es relativo, no existe más que un valor absoluto: la velocidad de la luz. Estaba en lo cierto. Si un cuerpo se aproxima a dicha velocidad, su energía pasa a ser ilimitada, sus dimensiones se reducen a cero, y el tiempo, para él se detiene. ¿Sabe lo que eso significa habiendo conseguido nosotros sobrepasar la velocidad de la luz? El tiempo no existe y podemos viajar a través de él sin ninguna dificultad. No existirá el menor problema para llevar a cabo lo que le he dicho, profesor Clarke.

—Pero...

—Por favor —lo cortó Pubb haciendo un ademán—. Tendremos mucho gusto en facilitarle una completa información cuando todo haya concluido. Ahora necesito su colaboración.

Clarke lo miró a los ojos.

—¿En qué sentido?

—Debe convencer a su hija y a Quine para que regresen a la superficie del planeta.

El inglés sacudió la cabeza.

—Temo no poder conseguirlo. Wanda es tan testaruda como su

madre y mi futuro yerno no le anda a la zaga, comandante Pubb. Se han empeñado en acompañarnos y...

—Necesito a Sterling Quine en la Tierra, profesor.

Clarke frunció el ceño.

—¿Ha dicho que lo necesita?

—Mi primer oficial Xion, y los cosmonautas Roll y Him Locky, tienen una misión de aniquilamiento que cumplir en su planeta, profesor Clarke. No, no se alarme. En ningún momento hemos pensado un exterminio total de los terrícolas pase lo que pase.

—No acabo de comprenderlo, Pubb.

—Una nave se aproximó a la Tierra en viaje de reconocimiento. Su comandante, un sujeto llamado Latua Kam, desertó junto con la tripulación y no regresó jamás a nuestro planeta artificial —explicó hablando rápido el comandante Pubb—. En principio pensamos que la nave se había desintegrado durante el vuelo por razones desconocidas. Más tarde pudimos averiguar que Latua Kam se encuentra en la Tierra y es un enemigo en potencia, tanto para ustedes, como para nosotros. El y sus hombres saben el castigo que les aguarda si caen en nuestro poder y harán lo posible por evitarlo. Tienen el suficiente poder para desarrollar una energía que acabaría con su planeta, Clarke.

Emmanuel Clarke quedó mudo de asombro, a pesar de haberse prometido que no se sorprendería por lo que ocurriera en adelante. Después de unos instantes de silencio, inquirió: —¿Qué tiene que ver Sterling Quine con eso, comandante?

—Es policía, ¿no?

—En efecto.

—Dado que nosotros debemos acompañar a los jefes de estado al planeta artificial para que puedan comprobar y calibrar personalmente la precaria situación en que nos encontramos. Quine puede prestar una gran ayuda a mis hombres.

—¿De qué forma?

Pubb hizo una breve pausa.

—Este es el primer viaje que realizan —dijo, más tarde—. Están faltos de experiencia y temo que no sepan desenvolverse entre los habitantes de sus ciudades. Xion será provisto de un control que le permitirá encontrar a Latua Kam y los restantes desertores, pero deberá ser Sterling el que los guíe.

Clarke asintió lentamente.

—Comprendo.

Tras un nuevo silencio, preguntó Pubb:

—¿Me ayudará convenciéndolos, profesor? No necesitamos a su hija Wanda en el viaje y Quine debería acompañar a mis tres hombres. Es de vital importancia para todos.

Emmanuel Clarke levantó los ojos posándolos en el rostro del comandante de la expedición.

—¿Existirá peligro cuando encuentren a ese Latua Kam y su gente?

La contestación de Pubb no se hizo esperar:

—Extremo peligro, profesor.

—¿Se da cuenta de lo que me pide, Pubb?

El comandante emitió un suspiro encogiendo los hombros.

—Perfectamente, profesor Clarke. Pero, desgraciadamente, hemos llegado a un punto en el que todos vamos a correr peligro. Tanto la vida de los vluotianos, como la de los terrícolas, se encuentran pendientes de un hilo delgado. Aunque sea por motivos bien distintos. Nosotros acabaremos desintegrándonos en el espacio si no podemos trasladarnos a la Tierra antes de que se consuma la energía del planeta artificial. Y ustedes pueden ser destruidos por Latua Kam si la ambición de éste llega a los límites que sospechamos. En estas condiciones se justifica que su futuro yerno arriesgue la vida. Cumplirá con un deber si ayuda a mis hombres, Clarke.

El profesor inglés se masajeó el mentón en actitud meditativa y acabó comentando:

—Tiene que perdonar mi falta de agilidad mental, Pubb. Hay algo que no veo claro.

—¿El qué?

—Usted ha dicho antes que todo cuerpo cuya velocidad se aproxime a la de la luz, cuenta con una energía ilimitada entre otras propiedades. Si tenemos en cuenta que ustedes han resuelto el problema, ¿cómo pueden quedarse sin fuerza energética en el planeta artificial?

—Nuestro planeta tiene forzosamente que describir su órbita a una velocidad infinitamente menor, profesor Clarke—, explicó, paciente, el comandante—. Hemos de hacerlo para que la atmósfera interior resulte respirable. Eso nos hace perder energía.

Emmanuel Clarke asintió despacio.

—Comprendo.

—¿Me ayudará respecto a Quine, profesor?

Clarke esbozó una sonrisa.

—Cuente con ello, Pubb. Tengo conciencia de que todos nos encontramos metidos en un buen lío y sólo saldremos de él manteniendo una mutua colaboración.

*

Al profesor Clarke le costó mucho convencer a su hija Wanda y a su futuro yerno de que debían volver a la Tierra. Pidió a Quine que colaborara con Xion, Roll y Him Loky, no sin ponerlo al corriente del

peligro a que estaría expuesto.

Aunque un tanto a regañadientes, Wanda y Sterling se dejaron convencer después de prometerles Pubb, una vez más, que absolutamente nada le sucedería a Emmanuel Clarke.

Accedieron a entrar nuevamente en la cabina de proyección de rayos-códigos para regresar en compañía de los tres cosmonautas vluotianos a la superficie terrestre. Wanda Clarke tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para dominar su miedo.

Una vez fueron proyectados, la nave emprendió su largo viaje a la galaxia Andrómeda. Para el período de rápida aceleración, el profesor Clarke y los cuatro jefes de estado fueron sometidos a un profundo sueño artificial en evitación de molestas consecuencias.

A partir de aquel momento se iniciaba el plan L-32 de los vluotianos, que tenían dos grandes problemas por dilucidar en frentes bien distintos. De una parte convencer a los altos mandatarios de la Tierra para que les cedieran un pequeño trozo de planeta. Y por otro lado llevar a cabo una cacería sin misericordia de sus propios compañeros desertores.

Una cacería que para el inspector de policía Sterling Quine se presentaba apasionante. Era el primer policía del planeta que trataría de atrapar a delincuentes extraterrestres.

Si pudiera contarlo a sus compañeros del Cuerpo lo tomarían por un alucinado, sin el menor titubeo. Aquello iba a resultar insólito y, al mismo tiempo… mucho más peligroso de lo que el propio Quine suponía.

Latua Kam y su gente disponían de armas tan poderosas como las que poseían Xion y sus dos compañeros.

CAPITULO VI

En la terraza de la mansión de los Clarke, parpadeó Sterling Quine alejando de sus pupilas los reflejos azulados que enturbiaban su visión. Miró a su alrededor y descubrió a Wanda pálida como la cera, pero sonriéndole valerosamente.

El joven fue a su lado y la besó fugazmente en la boca.

—Todo irá bien, nena.

Xion se hallaba a su izquierda y masculló Sterling mirándolo:

—Esta forma de viajar no tiene ningún atractivo, ¡maldita sea! Ni siquiera se dispone de tiempo para admirar el paisaje.

El vluotiano compuso una extraña mueca que, al parecer, pretendió ser una esforzada sonrisa.

Sterling chasqueó la lengua y se dirigió a una mesita con bebidas.

—No se ría tanto, Xion.

—Siento no tener el mismo sentido del humor que ustedes —se justificó el extraterrestre—. Nosotros, los vluotianos, no podemos bromear cuando estamos en inminente peligro.

—En eso les llevamos ventaja, Xion —replicó el joven, escanciando licor en dos copas—. Los terrestres bromeamos con la propia vida incluso cuando la muerte nos acecha.

Regresó Sterling junto a Wanda y le tendió una copa.

—Bebe un poco de brandy, cariño. Te sentará bien después de la dichosa experiencia.

Ella le dedicó una leve sonrisa, todavía afectada por lo que estaba sucediendo.

—Gracias, Sterling. Temo que mi padre...

El joven le palmeó las manos cariñosamente.

—No debes preocuparte, nena. Si estos hombres pretendieran causarnos algún daño ya lo hubieran hecho.

Luego se giró al extraterrestre y le mostró la copa que se había preparado.

—¿Beben los vluotianos alguna vez, Xion? Si lo desean, puedo prepararles una copa.

—No, Quine —rechazó Xion gravemente—. Tenemos que sentir admiración hacia usted. Posee un perfecto dominio de sus nervios y eso es bueno para lo que tenemos que hacer.

El policía dejó escapar una suave risita y tras beber un trago, inquirió burlón:

—¿Eso es lo que supone, Xion?

—Lo estoy viendo, Quine.

El joven siguió sonriente y mirándolo fijo a los ojos dijo, con

absoluta sinceridad:

—Nunca se fíe de las apariencias en la Tierra, Xion. Puedo jurarle que en estos instantes desearía encontrarme a muchas millas de distancia de Londres. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no coger de la mano a mi prometida y escapar corriendo.

—Lo que cuenta es que continúa a nuestro lado, Quine. Y que está dispuesto a ayudarnos.

—A la fuerza —replicó—, irónico, Quine—. Ustedes tienen esas pequeñas cajitas mágicas que hacen desaparecer las cosas, ¿no?

Xion extrajo del bolsillo de su traje una de las diminutas cajitas desintegradoras de materia y la tendió a Sterling.

—Esta es la suya, Quine. Le enseñaré a manejarla.

Quine se quedó de muestra sin atreverse a alargar la mano para cogerla y tuvo que asegurarle Xion forzando una de sus extrañas sonrisas: —No tenga recelo, Quine. Ni siquiera a causa de su nerviosismo puede llegar a causar un desastre. Primero debe aprender a manejarla.

—Oiga, Xion… dispongo de una pistola de reglamento.

—Olvídela —insistió el vluotiano, empeñado en que el joven cogiera la cajita desintegradora de materia—. No le serviría de nada frente a Latua Kam y los suyos.

Finalmente cogió Quine la pequeña cajita entre sus dedos y se extrañó de su escaso peso.

La contempló unos segundos y a continuación levantó la mirada a Xion.

—¿Se fían de mí?

—¿Por qué no?

—Si aprendo el manejo de este trasto puedo aprovechar un descuido para acabar con ustedes.

Xion denegó en lenta cabezada.

—No lo estaría diciendo, Quine.

—Es lógico.

—Es elemental, Quine —comentó Xion, poniéndose al lado del joven y empezando a darle instrucciones—. Este disco debe mantenerlo siempre en la posición 02K. Es el seguro que inutiliza la desintegradora. Girándolo a la derecha dos puntos, encontrará la clave 06G. Debe emplearla sin titubeos cuando tenga delante a Latua Kam y sus hombres. Bastará con dirigir el orificio hacia ellos y oprimir el botón verde situado en el lateral izquierdo, ése.

—Comprendo. ¿Disponen ellos de cajitas como ésta, Xion?

—Desde luego.

—Pues vamos aviados —masculló Sterling, sardónico—. Si se me adelantan no quedará de mi persona ni para hacerme un funeral.

—Eso tiene que evitarlo, Quine.

—¿Cómo, maldición? No conozco a ninguno de ellos.

—Estaremos siempre a su lado y procuraremos por todos los medios que no le suceda nada.

Quine encogió los anchos hombros.

—Es un consuelo.

—Aunque no puedo garantizarle que podamos adelantarnos a Latua Kam, amigo.

Sterling Quine dio un manotazo al aire.

—No siga dándome ánimo que acabará haciéndome llorar, Xion.

Llegó junto a la chica y sujetándola por los hombros le izó la barbilla con la punta de los dedos. Trató de mostrarse sonriente, seguro de sí mismo, al decir: —Espero no tardar en volverte a ver, Wanda. Siempre que pueda me pondré en contacto contigo...

—Ni hablar, querido.

Quine arrugó el ceño.

—¿No deseas que me ponga en contacto contigo, Wanda?

—Lo que no deseo es quedarme aquí, sola. Pienso pegarme a vosotros como una lapa, hasta que todo haya concluido.

Sterling soltó un respingo.

—¡Eh, tú no puedes venir con nosotros!

—Dame una razón que sea poderosa, querido —lo desafió ella, brillantes las pupilas—. No te servirá de nada, pero puedes hacer la prueba si quieres.

Xion se aproximó a la pareja y miró a la muchacha.

—Su prometido tiene razón, señorita Clarke. Estaremos constantemente en peligro desde el momento en que localicemos a la gente del vluotiano desertor.

Wanda aprieto los labios y le apuntó con el índice.

—Escuche, Xion. Sus estudios sobre la Tierra han podido ser muy amplios, pero se les escapó analizar el temperamento femenino de las hembras terrestres. Ignoro lo que harán las mujeres vluotianas en casos parecidos a éste. En cuanto a mí, le aseguro que voy a acompañarlos lo quieran o no.

—No debe hacerlo, señorita Clarke —objetó el extraterrestre, sacudiendo la cabeza—. Comprendo que desee permanecer junto a su prometido, pero créame que no puedo permitirlo.

Sterling sonrió, mirando al vluotiano.

—No se canse en discutir con la mujer testaruda de la Tierra, Xion. Si ha dicho que viene no tenga duda de que vendrá. Nada la hará cambiar de opinión.

—Pero...

—Será una responsabilidad con la que no contábamos, Xion —explicó el joven—. Sin embargo, no veo medio de deshacerme de ella. Y por otro lado... creo que me gustará tenerla cerca de mí, ¿sabe?

El vluotiano tardó unos segundos en dar una cabezada de conformidad.

—De acuerdo.

Hubo un silencio y Sterling observó atentamente a los tres extraterrestres. En verdad, mirándolos atentamente, existía una notable diferencia entre ellos y los habitantes de la Tierra. Los vluotianos tenían una cabeza grande, de frente abombada y muchas venillas a flor de piel en todo el rostro.

Pensó Sterling que quizá se debiera a un proceso evolutivo semejante al que se llevaba a cabo en la Tierra según los científicos. La metamorfosis de una especie va evolucionando a lo largo de milenios, para adaptarse mejor a los lógicos cambios del ambiente en que tienen que desenvolverse en el futuro.

Si los hombres de Vluo implantaban su avanzada civilización en la Tierra, ¿qué mutación tendrían que llevar a cabo los seres humanos del planeta? Sterling alejó de su mente aquellos pensamientos y la voz de Xion lo sacó de su abstracción: —¿Podemos comenzar la localización, Quine?

El joven hizo un ademán empleando ambas manos.

—Adelante, amigo Xion. Según creo, usted dispone de un aparatito que nos servirá en bandeja a los desertores. Si llegan a enterarse en Scotland Yard de que lo tiene, va listo para conservarlo.

Xion dio una lenta cabezada.

Luego sacó de un pequeño maletín de forro plastificado que lo había acompañado en todo momento, un objeto rectangular de unos quince centímetros, por diez o doce de ancho. En la parte superior se podían observar varias esferas y algunas ruedecitas y pulsadores parecidos a los de una computadora de bolsillo.

El vluotiano lo depositó sobre la mesa de las bebidas y comenzó a manejar los pulsadores y ruedecitas, poniendo una gran atención en lo que estaba haciendo.

Después de unos minutos levantó la cabeza y miró a Quine.

—Latua Kam y su gente se encuentran en el continente americano. Sin ninguna duda.

—¿En qué ciudad?

—No lo sé.

Sterling compuso una mueca burlona.

—Vamos, vamos, Xion, no me gastes bromas de mal gusto. Si ésa es la precisión de su maquinita, me temo que lo de localizar a esos tipos se va a poner muy negro. ¿Sabe los kilómetros cuadrados que abarca el continente americano?

Xion dejó de prestar atención al rectángulo y dijo a Sterling.

—Tenga en cuenta que este ingenio ha sido diseñado y construido en un tiempo record Quine. Su precisión no puede ser todo lo exacta

que se hubiera deseado. Cuando esté perfeccionado, su alcance llegará a toda la superficie de la Tierra.

—Y mientras tanto esa gente puede ir de un lado para otro tranquilamente, ¿eh?

—No, Quine.

—Explíquese.

—Las coordenadas del ingenio alcanzan un radio de unos tres mil quinientos kilómetros. De momento sabemos que Latua Kam se encuentra en el continente americano y ya es mucho. Cuando viajemos a él podremos encontrar, con suma facilidad, la ciudad. Luego no resultará difícil dar con el paradero exacto.

—Eso ya es otra cosa —aprobó Quine—. ¿Estás dispuesta a emprender la marcha, Wanda?

La muchacha movió la cabeza afirmativamente.

—No pienso hacer maletas si es a lo que te refieres, Sterling.

—Entonces podemos salir sin pérdida de tiempo para cualquier ciudad centroamericana. Tegucigalpa o Managua, por ejemplo. Nunca estuve en ellas.

Empezando a introducir el ingenio en el maletín ayudado por su compañero Roll, inquirió Xion:

—¿Por qué Centroamérica, Quine?

—Usted ha dicho que su maquinita tiene un alcance de tres mil quinientos kilómetros, ¿no? Si nos situamos en el centro del continente, sabremos si hay que dirigirse al norte o al sur.

—Comprendo.

—Si tiene alguna preferencia…

—Usted es el guía, Quine.

Sterling hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, entonces. Encargaré los pasajes para el primer vuelo que salga hacia cualquiera de las dos ciudades.

—¿Cuánto tardaremos en llegar, Quine?

—Una burrada, Xion —ponderó el joven, risueño—. Si tenemos la suerte de encontrar un vuelo directo, nuestro moderno avión supersónico tardará una hora y diez minutos aproximadamente.

El vluotiano reflejó en su rostro una gran sorpresa.

—¿Tanto?

—Pero por lo menos, podremos contemplar el mar desde doce mil metros de altitud, Xion. Ustedes estarán todo lo adelantados que quieran, pero admirar el paisaje es uno de los alicientes de los viajes.

CAPITULO VII

En la habitación del hotel ubicado en el centro de la ciudad de Managua, echó Sterling un vistazo a todos los diarios que pudo comprar en el aeropuerto. En ninguno de ellos se hablaba de la desaparición de los cuatro jefes de estado.

Wanda estaba tomando un baño en su habitación y el joven se encontraba allí en compañía de los tres taciturnos extraterrestres. Xion debió comprender lo que él andaba buscando, puesto que emitió una vez más su extraña risa, señalando los periódicos.

—No acaba de creernos del todo, ¿verdad, Quine?

—¿Quién lo dice? —exclamó el joven inspector de policía en tono jocoso—. Me creeré a pies juntillas todo cuanto digan en adelante, Xion. Palabra de honor.

—No obstaste, alberga dudas.

Sterling encogió los hombros. Luego señaló en dirección al negro maletín y sugirió:

—¿Por qué no empieza a trabajar, Xion? Aquí vamos a estar el tiempo imprescindible para saber hacia dónde hemos de ir.

Xion lo miró directamente a los ojos.

—¿Quiere un consejo, Quine?

—Venga.

—Podemos aprovechar la oportunidad de que la señorita Clarke se encuentra en su habitación para marcharnos.

—¿Y dejarla aquí sola?

—Es preferible.

—Ni hablar.

—En adelante vamos a tener el peligro constantemente a la vuelta de la esquina.

Sterling Quine emitió un profundo suspiro.

—Usted no conoce a las mujeres terrestres, Xion. Quiero a esa chica y pienso casarme con ella si todo acaba bien, ¿sabe? Wanda no me perdonaría jamás una jugarreta de esa índole y hasta es posible que nos sacara los ojos a los cuatro.

Xion lo miró, inexpresivo, unos instantes.

—Es usted muy libre de poner en peligro la vida de su prometida, Quine. Me limité a darle un consejo.

—¡Eh, Xion! ¡No sea quisquilloso, caray!

El vluotiano no le respondió. Se inclinó sobre el ingenio localizador que Roll había extraído del maletín y empezó a oprimir los pulsadores. Estuvo manejándolo unos minutos igual que en Londres y después dijo al joven: —Latua Kam se encuentra en una

isla.

—¿Al norte o al sur?

—Noreste. Una isla llamada Jamaica.

Quine no pudo reprimir un respingo y saltó de la cama donde estaba echado aproximándose a los vluotianos.

—Eso está muy cerca del lugar donde nos encontramos ahora, Xion —informó, sin poder ocultar la excitación interior que lo dominaba—. Podemos llegar a Kingston en cuestión de minutos.

Hubo un silencio en el que los extraterrestres no se mostraron impresionados en absoluto. Terminó rompiéndolo Xion preguntándole al policía inglés: —¿Se acuerda del manejo de la desintegradora, Quine?

—Creo que sí —afirmó Sterling—. 02K para no cometer una imprudencia, 06G para enviar las partículas de Latua Kam más allá de la galaxia Andrómeda.

—¿Sigue deseando llevarse a la mujer?

La puerta de la habitación se abrió bruscamente y en el hueco apareció Wanda que miró desafiante a Xion.

—No pude evitar escuchar unas palabras a través de la madera —dijo en tono reprobativo, dirigiéndose al vluotiano—. Supongo que no estaba refiriéndose a mí, ¿verdad?

Xion le mantuvo la mirada sin pestañear.

—Usted no debiera haber venido, Wanda.

—¡El que no debería haber venido es usted, Xion! —estalló la muchacha, sin poderse contener—. ¿Quién los ha llamado a la Tierra? Han estado estudiándonos como si fuéramos ratas de laboratorio sin pedirle permiso a nadie y, encima, quieren decirnos adonde podemos y adonde no podemos ir, en nuestra propia casa. Hace falta tener una cara muy dura para decir algo así, Xion.

El extraterrestre se quedó perplejo ante el inesperado estallido furioso de la mujer terrícola y durante unos instantes no supo qué responderle. Se limitó a observar las brillantes pupilas de ella.

Sterling se llegó junto a Wanda sonriente y pasándole el brazo por los hombros, la atrajo besándola en los cabellos.

—Cálmate, pequeña. Lo importante es que estás aquí y no vamos a dejarte abandonada —luego se giró al vluotiano y acentuó la sonrisa en sus labios—. ¿Tiene algo más que añadir, Xion?

—Ustedes están locos —replicó, áspero, Xion—. Por lo que a mí respecta no pienso decir ni una palabra, más sobre el particular. ¿Cómo podemos ir a Jamaica, Quine?

El joven tardó unos segundos en contestar.

—Supongo que en el helipuerto nos alquilarán un helicóptero. En unos minutos nos encontraremos en Kingston.

—Esos aparatos producen mucho ruido.

—Está un poco atrasado en los estudios sobre nosotros, Xion. Hace un siglo los helicópteros producían un aleteo infernal con sus antiguas aspas. Hoy se deslizan por el aire a increíble velocidad y en el más completo silencio.

El vluotiano asintió, moviendo la cabeza.

—De acuerdo, Quine. Salgamos en seguida.

—Un momento, Xion —lo contuvo el joven, haciendo un ademán—. ¿Cómo andamos de fondos?

—¿Qué quiere decir, Quine?

—¿No tendrán ustedes, por casualidad, una imprenta clandestina que fabrique dólares con apariencia de buenos? Para alquilar un helicóptero hace falta dinero y yo estoy sin blanca, amigo Xion. Y no me diga que tiene billetes vluotianos porque me temo que ningún Banco acceda a cambiármelos.

Xion cambió una mirada inquieta con sus compañeros.

—Eso representa un contratiempo, Quine.

—Y que lo diga —sonrió Sterling, un tanto irónico—, Tantos adelantos y tantas computadoras y, al final, vamos a encontrar problemas en la cosa más sencilla de prevenir.

—Usted debió tenerlo en cuenta, Quine.

—Mi mente no es tan privilegiada como la suya, Xion.

—Sin embargo... algo tendremos que hacer.

—En eso estamos de acuerdo, Xion —convino el joven—. Pero me temo que si no es a base de dinero, no servirá para nada. Los terrestres somos muy materialistas. A menos que...

Como se interrumpiera Quine, apremió el vluotiano:

—Siga.

—Asaltemos un Banco o robemos el helicóptero. Ya sé que no es ético que lo diga un policía...

—Hay otra solución, Sterling —lo cortó Wanda interviniendo—. Creo tener dinero suficiente en el bolso.

—¡Magnífico, querida! —exclamó Sterling. A continuación guiñó el ojo a los extraterrestres—. ¿Qué tiene que decir, ahora, de la mujer terrestre, Xion?

El vluotiano no respondió y dijo Wanda:

—Si el aparato lo alquilo yo, él no debiera subir.

Xion apretó los maxilares.

—No dispongo de tiempo para preciar el humor de los terrestres —silabeó—. ¿Nos vamos de una vez a Jamaica?

Wanda y Sterling pensaron que no debían continuar bromeando y se aprestaron a abandonar el hotel.

Poco después alquilaban el helicóptero y Sterling se puso en los mandos levantándolo rápida y silenciosamente del suelo. Cuando la ciudad de Managua quedó a sus pies, preguntó: —¿Qué opina, Xion?

—¿Hay seguridad volando en estos extraños objetos, Quine?

—Siempre que no te pegues la torta con otro, o te estrelles contra una montaña...

El vluotiano compuso un gesto escéptico.

—Llevan muchos años de atraso, Quine.

Sterling dejó escapar un suspiro.

—Me está bien empleado por preguntarle —rezongó para sí mismo —. Debí imaginar su contestación.

—No le hagas mucho caso, querido —terció Wanda, sentada a su lado—. A lo mejor pasa que tienen envidia.

—¿Envidia? —repitió extrañado Sterling—. ¿De qué?

—De lo hermosa que es la Tierra y de la vida tranquila que llevamos aquí, Sterling. ¿Para qué sirven tantos adelantos si después ni siquiera te puedes sentar para viajar?

El joven observó de reojo el semblante de Xion y comprobó que la forma de pensar de Wanda lo desconcertaba por completo. No podía concebir aquella mentalidad en un ser humano.

Sonrió para sus adentros y empezó a silbar una cancioncilla de moda.

Bajo el helicóptero quedó atrás la costa de Mosquitos y sobrevolaron a gran velocidad el mar de las Antillas, en dirección a Jamaica. En unos ocho minutos estarían sobre la isla.

—A partir de nuestra llegada a Jamaica obedecerán por completo mis instrucciones... —dijo Xion—. ¿De acuerdo, Quine?

—Entendido, Xion.

Cuatro minutos después informó Sterling:

—Parece que tenemos compañía.

—¿Cómo dice?

—Otro helicóptero trata de darnos alcance, volando por encima de nosotros. Puede ser un viajante con prisa. Los negociantes norteamericanos se han apoderado de este mercado y vuelan de un lado a otro como verdaderos demonios.

Xion había sacado del maletín la localizadora y estaba trabajando en los complejos mandos.

De pronto gritó excitado:

—¡Son ellos, Quine!

—¿Los norteamericanos?

—¡Latua Kam y su gente!

—¡Vaya, hombre! —resolló fastidiado el joven—. Con lo tranquilo que estaba resultando el viaje.

El helicóptero perseguidor describió un veloz movimiento situándose sobre ellos y todos pudieron ver que por una de las ventanillas emergía un raro objeto.

Demudado el rostro, gritó Xion:



—¡Quieren desintegrarnos!

CAPITULO VIII

—Esto es sencillamente extraordinario, comandante Pubb.

—Pero, por desgracia, de una existencia efímera, profesor Clarke. Toda la maravilla artificial se convertirá en polvo cósmico, de un momento a otro.

Los cuatro jefes de estado que habían puesto los pies en el planeta artificial de los vluotianos se miraron, sin poder ocultar la intranquilidad que los dominaba.

Finalmente, el norteamericano Harold Grant preguntó, tratando de dominar su desasosiego:

—Puede suceder mientras estamos aquí, comandante Pubb?

—Ustedes son mortales como nosotros —respondió Pubb, forzando una tenue sonrisa—. Sin embargo, no creo que ocurra nada.

—No tienen derecho a exponer nuestras vidas —protestó excitado el alemán Miller—. Es un abuso intolerable que...

—No se preocupe, señor Miller —lo cortó suave Pubb—. El Superior los recibirá en seguida. Sólo les ruego una vez más que contemplen a las personas que se mueven por el planeta.

Los cinco hombres procedentes de la Tierra obedecieron la indicación del comandante.

El planeta artificial era como una gigantesca nave espacial en forma de enorme esfera. Dentro de ella existía una pequeña ciudad con sus galerías a distintos niveles, semejantes a estrechas calles de suelos metálicos. Por ellas deambulaban hombres, mujeres y niños, de un lado para otro. Observó Emmanuel Clarke la extraña tensión que parecía dominar a aquella gente. Era como si tuvieran la certeza de que sus vidas se aproximaban al final.

También pudieron ver en la parte opuesta a los habitáculos de paredes laminadas, lo que parecía una enorme plataforma de aterrizaje y despegue. Cuatro naves de gigantescas proporciones se hallaban inmóviles sobre la superficie de la plataforma. Quizá aguardando el momento de trasladar a todos los vluotianos a un lugar donde poder continuar su existencia.

El profesor Clarke señaló en dirección a las cuatro naves y preguntó a Pubb:

—¿Tendrán tiempo de utilizarlas, comandante?

—Espero que sí, profesor. Varios detectores instalados en distintos puntos del planeta nos avisarán de la inminente destrucción. Dispondremos del tiempo necesario para escapar.

Emmanuel Clarke pensó un poco antes de inquirir:

—¿Hacia dónde?

Pubb compuso una mueca y encogió los hombros.

—Confiamos plenamente en la hospitalidad terrestre. En caso contrario ignoro lo que decidirá el Superior.

—¿Quién es el Superior?

—Nuestro jefe supremo. La persona que dirige el destino de los pocos vluotianos que sobrevivimos.

—No... intentarán establecerse en la Tierra, aún en contra de nuestra voluntad, Pubb?

Mientras caminaban por aquellas estrechas galerías, el comandante movió la cabeza en sentido negativo.

—No lo creo, profesor.

Clarke frunció el ceño extrañado.

—¿A pesar de que eso pueda significar la destrucción de todos ustedes, Pubb?

El vluotiano dejó escapar un suspiro.

—No soy yo quien tiene que decidir afortunadamente, profesor. Prefiero limitarme a cumplir órdenes.

—Me hago cargo.

Poco después llegaron frente a un habitáculo algo mayor que los otros. En la entrada se encontraban dos centinelas vistiendo raras vestimentas, pero desprovistos aparentemente de armas. Pubb penetró seguido de los terrestres sin cambiar ninguna palabra con ellos.

Los condujo a través de unos pasillos hasta desembocar en una amplia sala de unos cien metros cuadrados, al fondo de la cual se hallaban tres hombres sentados tras una mesa panorámica plateada. Los tres eran ancianos y el del centro poseía una gran cabeza y una frente fuera de lo común.

Delante de la mesa había cinco sillones y Pubb los señaló a los terrestres, en silencio. Los cinco tomaron asiento mirando especulativamente a los tres ancianos vluotianos y el comandante Pubb quedó en pie, junto a Clarke, con los brazos cruzados ante el pecho.

Después de un largo y tenso silencio, el anciano de la cabeza descomunal dijo:

—Bien venidos a nuestro planeta artificial, señores.

Su voz era suave, desprovista por completo de inflexiones. El Superior hablaba en tono bajo sin dejar de pasear los penetrantes ojos por los terrestres.

Fue el ruso Yusoff el primero en responder.

—Creo hablar en nombre de mis compañeros al manifestarle mi repulsa por lo ocurrido, señor. El procedimiento empleado por sus hombres no ha sido digno de seres civilizados.

El Superior miró inquisitivamente a Pubb y éste se enervó.

—¿Empleó la violencia, comandante Pubb?

—No, Superior —replicó Pubb, sin titubear—. Tuvimos necesidad de aplicar el plan L-32, pero en ningún momento nos vimos obligados a tener que emplear la violencia.

El Superior clavó la mirada en el ruso.

—Explíquese, señor Yusoff —pidió, suave—. Si mis hombres no emplearon la violencia, ¿en qué basa su protesta?

—¿Le parece correcto habernos obligado a efectuar este viaje en contra de nuestra voluntad?

Hubo un nuevo silencio y lo rompió el Superior, diciendo:

—La vida de mil cuatrocientos hermanos nuestros está en peligro, señor Yusoff. Es de vital importancia para nosotros el llegar a un acuerdo amistoso con ustedes.

El presidente Harold Grant movió la cabeza en sentido negativo.

—La decisión final no está en nuestras manos —alegó, fija la mirada en el anciano jefe de los vluotianos—. En la Tierra nos regimos por otros sistemas de mando y ustedes deberían saberlo, puesto que llevan tiempo estudiándonos. Antes de aprobar el darles asilo tendríamos que efectuar un sondeo de la opinión pública. Quizá, incluso, llevar a cabo un referéndum mundial.

—¡Eso es absurdo, señor presidente! —exclamó el profesor Clarke, antes de que los vluotianos pudieran responder—. Usted sabe perfectamente que eso nos llevaría unos dos meses.

El alemán Gerd Miller miró fríamente al inglés.

—¿De qué parte está usted, profesor Clarke?

—De parte de los seres humanos, señor Miller —contestó, acalorado, el científico británico—. Y no me importa el planeta del que procedan. Ustedes han visto moverse de un lado a otro a una parte de esos seres humanos por las galerías. Entre ellos se encuentran mujeres y niños. Procedentes de un planeta situado a millones de años luz de la Tierra, pero semejantes a sus hijos y esposas. ¿No creen que debemos salvarlos por el amor de Dios?

El chino Ming hizo una mueca despectiva.

—Usted posee una gran elocuencia, profesor Clarke. Debería dedicarse a la política.

—La política me produce náuseas, señor.

Tse Ming se dispuso a replicar en tono desabrido, pero lo sujetó del brazo el presidente Grant. Una vez hubo conseguido calmarlo se giró en el asiento mirando interesado al científico.

—Los políticos somos la representación del pueblo, profesor Clarke. Y en todo momento hemos de mantener el bienestar común en nuestros pueblos a costa de grandes sacrificios, en ocasiones. ¿Supone, acaso, que por eso estamos desprovistos de sentimientos humanos? Sinceramente, creo que usted es injusto con nosotros, profesor Clarke.

Emmanuel Clarke no apartó la mirada del presidente de los Estados Unidos durante las palabras reprobativas que le dirigió. Cuando hubo acabado de hablar, dijo en tono pesaroso: —Lo siento, señor —hizo una breve pausa y en seguida agregó—: Pero deben tener en cuenta que estos seres están mendigando un diminuto trozo de nuestro planeta, cuando, en realidad, pueden destruirlo por completo si se lo proponen.

—Hemos pensado en todo eso, ¡maldita sea! —masculló el norteamericano—. Sin embargo, usted sabe que actualmente no podemos tomar una decisión de importancia sin someterla antes a votación entre los habitantes del planeta. Quedaron atrás los tiempos en que una minoría era capaz de manejar a la masa.

El jefe de los vluotianos levantó ambas manos reclamando silencio a los dos hombres de la Tierra. Cuando consiguió atraer la atención sobre él, dijo despacio: —En realidad no tienen por qué saberlo, señor Grant.

Ahora fue el ruso Yusoff el que saltó excitado:

—¿Nos está proponiendo que ocultemos a los habitantes de la Tierra un acontecimiento semejante?

—Somos mil cuatrocientas personas en total —explicó el Superior, pacientemente—. Nos basta una pequeña isla o, incluso, un simple atolón de los muchos diseminados por el Pacífico, para subsistir. Puede estar lejos de los centros civilizados de la Tierra. Como muy bien ha dicho el profesor Clarke, sólo necesitamos un diminuto trozo del planeta. Nadie tiene por qué enterarse de nuestra presencia.

Gerd Miller negó, moviendo la cabeza repetidas veces.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Un día u otro se sabría la verdad. Seríamos juzgados por traición y nada podríamos alegar en nuestra defensa.

—Nadie se enterará de la presencia de los vluotianos en la Tierra, señor Miller —aseguró el Superior—. Dada nuestra avanzada civilización podemos burlar perfectamente a los posibles curiosos. Prometemos solemnemente adaptarnos a las costumbres terrestres, si es que no desean aprovechar nuestros superiores conocimientos. Ustedes conocían la existencia de seres extraterrestres y, sin embargo, lo mantuvieron oculto al pueblo.

—Lo hicimos para evitar el pánico colectivo.

—Perfectamente, señor Ming. Pueden seguir ocultándolo, si ése es su deseo. Por nuestra parte nadie sabrá nada hasta que seamos autorizados por ustedes.

—Pueden pasar siglos —apuntó Yusoff—. Incluso podemos pedirles que jamás lo divulguen.

—Estamos conformes.

El profesor Clarke se levantó en su asiento y después de cambiar una mirada con el comandante Pubb, se dirigió a los cuatro jefes de estado del planeta: —Sugiero que pongan el caso a votación entre ustedes, señores.

El chino Tse Ming sacudió la cabeza con energía.

—Mi voto es y seguirá siendo negativo. Nunca consentiré que seres extraños vengan a la Tierra. Ni siquiera de una manera falsamente pacífica como pretenden hacernos creer.

El Superior lo miró fríamente.

—¿Es su deseo insultarnos, señor Ming?

El chino tragó saliva al ver que la fría y penetrante mirada del extraterrestre se clavaba en él. Buscó apoyo en sus compañeros y al no encontrarlo, musitó contrito: —No era mi intención, señor.

El Superior se disponía a seguir hablando cuando un hombre uniformado penetró en la estancia y empezó a hablar de forma excitada dirigiéndose a los tres ancianos de la mesa alargada.

Empleaba una lengua extraña para los terrestres, pero éstos comprendieron que algo grave estaba pasando. Clarke increpó al comandante Pubb: —¿Qué ocurre, Pubb?

—Los detectores energéticos se han puesto a funcionar, profesor Clarke.

—¿Significa... el fin del planeta artificial?

—Exactamente.

El ruso Yusoff miró, colérico, al profesor inglés.

—¿Con qué clase de seres humanos simpatiza usted, Clarke? Vamos a morir de una forma estúpida.

En todo el planeta se puso en funcionamiento un sonido ululante dando la alarma general.

Emmanuel Clarke iba a responder bruscamente al ruso, pero Pubb los cogió enérgicamente del brazo,

—No hay tiempo para discusiones ahora, señores. Si nos damos prisa es posible que tengamos tiempo de subir a una de las naves antes de que se produzca la explosión del planeta.

CAPITULO IX

Sterling movió bruscamente la palanca de mando y el helicóptero describió en el aire una línea vertical de súbita caída, que hizo rodar por el suelo a Roll.

Por encima del cristal plastificado del techo del aparato vieron pasar un rayo azulado que no los alcanzó por verdadero milagro. Se perdió en el vacío, pero no pasó a más de medio metro de ellos.

Sterling volvió a girar violentamente y el helicóptero vibró quejumbroso al ser impulsado hacia la izquierda en una vuelta brusca de 360°. Aquello les evitó ser alcanzados por el nuevo rayo que les enviaron desde el otro aparato.

Sterling apretó furioso los maxilares.

—¿A qué esperan para contestar, Xion?— masculló observando atentamente la maniobra de sus enemigos—. No puedo hacer juegos malabares indefinidamente, ¡maldición!

Xion y Him Loky ya tenían en sus manos las pequeñas desintegradoras y estaban abriendo una de las ventanillas.

—A esta distancia no conseguiremos nada, Quine... —dijo el vluotiano—. Debe aproximarse a ellos un poco más.

—Para que nos conviertan en chatarra, ¿eh?

—Es la única posibilidad de defendernos, Quine.

Sterling se vio obligado a eludir un nuevo rayo-disparo de sus enemigos mediante una subida rápida como una centella que desconcertó al que manejaba los mandos del otro helicóptero.

De momento, se estaba demostrando que el joven poseía una mayor destreza en el manejo de los mandos de aquellos aparatos. Pero Sterling temía un golpe de suerte por parte de sus adversarios.

Procuró, por dos veces, situar el helicóptero en vuelo paralelo sobre su oponente, pero en las dos ocasiones le adivinó la intención el otro piloto y se lo impidió, moviéndose a gran velocidad.

De pronto hizo Sterling un amago de huida y cuando el otro se dispuso a perseguirlo frenó bruscamente levantándose en el aire velozmente, en maniobra llena de pericia.

El otro piloto cayó en la trampa y durante unos segundos estuvo bajo ellos, inmóvil.

—¡Ahora, Xion! —rugió el joven.

El aviso no hacía falta, puesto que tanto Xion como Him Loky ya estaban oprimiendo los disparadores de sus desintegradores, apuntando al fuselaje del helicóptero contrario.

Una enorme llamarada se produjo, súbitamente, a los pies de Sterling y el joven hizo subir el aparato a toda la velocidad que le fue

posible. Entonces comprobó los resultados obtenidos por los dos vluotianos amigos.

El otro helicóptero cayó envuelto en llamas, durante unos doscientos metros. Luego estalló desintegrándose en el aire, pero para entonces ya se encontraban ellos a prudencial distancia.

Sterling palmeó la rodilla de Wanda que estaba pálida como una muerta y resolló:

—Creí que no lo contábamos.

—Usted maneja estos aparatos como un maestro consumado, Quine —ponderó admirativo Xion—. De no haber sido así...

—Deje los piropos y dígame una cosa, Xion.

—¿Qué?

—¿Podemos estar tranquilos respecto a Latua Kam y su gente? Quiero decir si viajaban todos ellos en el helicóptero destruido.

—Se lo voy a decir en seguida, Quine.

Sterling lo observó manipular en la cajita de localización y aprovechó para dirigir una sonrisa de ánimo a su prometida.

—¿No te arrepientes de haber venido, Wanda?

La chica movió la cabeza en sentido negativo, pero no despegó los labios. Sterling siguió diciendo:

—Sin embargo, no pareces demasiado entusiasmada, cariño.

Cogiéndose del brazo del joven en repentino impulso, musitó Wanda estremeciéndose:

—Si he de ser sincera... nunca en mi vida he pasado tanto miedo. Pensé que era el fin de todos nosotros.

—¿Lo ves?

Ella levantó la cabeza extrañada.

—¿Qué tengo que ver, Sterling?

—Para jugar al tenis eres una campeona sin discusión, nena. Pero en estos casos no dejas de ser mujer y te prometo que lo prefiero. En el fondo tenía razón Xion cuando dijo que no debiste venir.

Wanda se giró en el asiento y pegándose más a él lo miró fija al fondo de los ojos.

—Deseo correr tu misma suerte, Sterling.

Quine guardó silencio unos instantes y acabó palmeándole nuevamente la rodilla, en torpe ademán.

—Gracias, nena.

A continuación giró la cabeza a los vluotianos.

—¿Sabemos algo ya, Xion?

El extraterrestre apartó la mirada del cuadro de instrumentos y movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Tres de los hombres de Latua Kam iban en el helicóptero derribado.

—¿Sólo tres?

—Los acompañaba Un terrestre que posiblemente era el piloto.

—En paz descanse —barbotó agrio Sterling—. Eso significa que todavía no hemos concluido, ¿eh, Xion?

—Exacto, Quine. Quedan Latua Kam y otros tres.

—¿En Jamaica?

—Sin lugar a dudas.

—¿Cómo pudieron saber que veníamos a buscarlos, Xion?

El vluotiano sacudió la cabeza.

—Esa es una pregunta a la que me gustaría poder contestar, Quine. Es posible que utilicen un radar electrónico de ondas gamma —después de una pequeña pausa, agregó—: Usted lo dijo cuando descubrió el helicóptero que nos venía persiguiendo.

—Eso es.

—No obstante yo tengo otra teoría. Creo más bien que ese aparato nos salió al encuentro despegando de Jamaica.

—Es posible —admitió el joven, meditabundo—. Pudo realizar una maniobra envolvente para intentar sorprendernos. Sea como sea, son ellos los que se están bañando en el mar de las Antillas.

—Y el problema sigue latente —replicó Xion, sin apreciar el humor negro del policía—. Sólo hemos ganado la primera refriega.

—Pero nosotros poseemos la cajita mágica.., ¿eh, Xion?

—Empiezo a dudar de su efectividad, Quine —respondió, desalentado, el vluotiano—. El comandante Pubb me aseguró que Latua Kam desconocía las coordenadas operativas, pero no estoy muy seguro que sea así. Temo que nos haya localizado.

Sterling arrugó el ceño.

—¿Quiere decir que han podido descubrirnos precisamente debido a esa cajita, Xion?

—Cabe en lo posible, aunque no puedo responder con absoluta certeza a su pregunta.

Sterling dejó escapar un resoplido.

—Pues vamos a tener que pensar en un plan de emergencia para salir del maldito atolladero, Xion. Aquella isla que tenemos delante es Jamaica, ¿sabe?

Xion miró en la dirección que indicaba Sterling y pudo contemplar la isla festoneada de blanca espuma en todos sus contornos. Desde aquella altura daba la impresión de ser bastante pequeña. Levantando la cabeza al cielo, inquirió: —¿Cuánto falta para el anochecer, Quine?

—Que me registren.

—En cierta ocasión estuve pasando unas vacaciones en esta zona —dijo Wanda—. La noche vendrá dentro de una hora y media, o dos a lo sumo. Anochece bruscamente.

—Gracias —contestó seco Xion—. ¿Puede llevar el helicóptero a un extremo de la isla, Quine?

—¿Quiere decir sin llegarnos al helipuerto de Kingston?

—Eso es.

—Puedo hacerlo, Xion. La playa es un buen punto para posarnos, tan pronto nos encontremos en la vertical.

—Hágalo, Quine —dijo el vluotiano—. No quiero que vuelvan a sorprendernos Latua Kam y su gente. Creo que una forma de evitarlo es pararnos en la misma playa, lejos de los centros poblados. Ellos no pueden esperarnos ahí.

Después de un corto silencio, Wanda preguntó:

—¿Y si a pesar de todo nos están esperando abajo?

Xion le miró, inexpresivo, el rostro.

—Lo único que podemos hacer es tener las desintegradoras preparadas, señorita Clarke.

—De acuerdo, Xion —intervino Sterling—. Pero tengan en cuenta que si somos descubiertos a menos de cincuenta metros del suelo, me será imposible realizar una rápida maniobra de fuga.

—Me hago cargo.

—Muy bien —suspiró Sterling—. Vamos allá.

El helicóptero comenzó a descender hacia la playa.

En su interior se hizo un silencio tenso. Mientras se aproximaban a la blanca arena, todos los ojos se hallaban pendientes de la vegetación, más allá de ésta.

Todos, excepto los de Xion.

El jefe de la patrulla vluotiana estaba pendiente de la cajita rectangular manejando una y otra vez los instrumentos de la misma, en previsión de una sorpresa.

Súbitamente, cuando apenas distaban cuarenta metros de la arena de la playa, gritó excitado:

—¡Arriba, Quine...!

—¿Qué sucede?

—¡Suba todo lo rápido que pueda! —volvió a gritar Xion—. Nos esperan abajo.

CAPITULO X

El profesor Emmanuel Clarke estaba viviendo los momentos más alucinantes de su vida.

Procedentes de las galerías metálicas de la ciudad artificial, corrían hacia la plataforma donde se hallaban las enormes naves, hombres, mujeres y niños. Mientras, el ruido ensordecedor, semejante a ululantes sirenas, sonaba incesante.

Sin embargo, tuvo que reconocer Clarke que aquella gente estaba perfectamente entrenada para casos como aquél. Todos corrían en dirección a las naves que aguardaban con sus vientres abiertos, pero nadie atropello, presa del pánico, a un compañero caído, ni se daban codazos para llegar los primeros.

Todo se llevaba a cabo dentro de un extraordinario orden.

Cada vluotiano sabía de antemano hacia qué nave debía dirigirse.

Los tres ancianos. El Superior y los otros dos, también se movían a una celeridad increíble. En el primer instante, cuando los vio sentados tras la alargada mesa, pensó Clarke que aquellos hombres apenas si podrían moverse del sillón que ocupaban. No obstante quedaba patente su error puesto que caminaban con gran agilidad.

El comandante Pubb lo cogió de un brazo llevándolo en dirección a una de las cuatro naves y mientras lo hacía se giró a los atónitos jefes de estado terrestres.

—Vamos —les habló en voz alta—. No pierdan el tiempo si desean escapar con vida y síganme.

Los cuatro terrestres no se hicieron repetir la orden y avanzaron atropelladamente detrás de Pubb y Clarke. Al contrario que los vluotianos, ellos sí pusieron gran empeño en llegar los primeros. No se preocuparon en absoluto, del tropezón que dio el ruso Yusoff ni de la torcedura de tobillo que sufrió el alemán Miller.

—Las naves no despegarán mientras quede alguien en la plataforma, señores —les dijo el comandante Pubb, con cierto desprecio en la entonación—. Hay sitio para todos.

La primera de las enormes naves espaciales estaba cerrando sus compuertas inferiores introduciendo en su interior las escaleras que habían utilizado los pasajeros para subir a bordo.

En cada una de ellas tenían que viajar unas trescientas cincuenta personas y mientras se dirigían presurosos a la que les correspondía, meditó el profesor inglés que aquellos impresionantes objetos voladores debían poseer una fuerza energética extraordinaria.

Pubb pareció adivinarle el pensamiento.

—¿Supone que van demasiado cargadas para escapar, profesor?

—No estaba pensando en eso —mintió Clarke—. Ustedes tendrán previsto el peso que puede soportar cada una de ellas.

—Puede estar seguro de eso, profesor. El problema está en si podremos o no despegarnos de la fuerza gravitatoria del propio planeta. Posiblemente tengamos que esperar al punto cero de giro.

De pronto la plataforma se inclinó peligrosamente y Clarke estuvo a punto de perder el equilibrio. Hubiera caído de no haberlo sujetado con fuerza Pubb.

También un vluotiano que caminaba junto a ellos se vio obligado a sostener férreamente al presidente norteamericano Harold Grant y al canciller Gerd Miller, para que no se derrumbaran. Los ayudó a alcanzar la escalera que conducía al interior de la nave.

El planeta artificial sufrió una sacudida estremecedora y el profesor Clarke preguntó al comandante vluotiano: —¿Conseguiremos escapar, Pubb?

—Espero que sí, profesor. Por mucho que se muevan las naves, ninguna se deslizará a un lado u otro. Sus bases están fijadas a la plataforma y el mecanismo que las deja en libertad de despegue se acciona desde el interior.

Clarke suspiró, extrañamente sereno.

—¡Que Dios nos ayude a todos!

Instantes después se encontraban en el interior de la nave y comenzaron a cerrarse las compuertas inferiores. Clarke lo contemplaba todo con inusitado interés.

Un pasillo que mediría aproximadamente un metro y medio de ancho, circundaba el contorno de la nave y de él partían escaleras hacia otros pasillos inferiores y superiores. Mirillas circulares, protegidas por una especie de cristal plastificado permitían ver el exterior.

Clarke frunció el ceño, alarmado al observar el grado de inclinación que ya tenía la plataforma. Sin embargo, advirtió que el suelo metálico del corredor se encontraba a perfecto nivel. Algún mecanismo oculto debía mantener la nave en posición horizontal.

Del pasillo en que se encontraban subieron a otro situado a superior nivel y el comandante Pubb abrió una puerta haciendo una inclinación a los cuatro jefes de estado de la Tierra.

—Ustedes pueden esperar en esta sala y discutir nuestra proposición con absoluta libertad de expresión, señores. Ahora bien; deseo comprendan que dadas las circunstancias necesitamos una urgente respuesta.

Por encima del hombro de Pubb vio Clarke que se trataba de una salita de reducidas dimensiones, equipada con una mesa rectangular y varias sillas, todo de material plastificado y vivos colores.

Pubb avanzó y dejó sobre la mesa un pequeño cilindro.

—Les aconsejo tomen dos comprimidos para combatir las lógicas consecuencias del despegue. Luego podrán hablar.

El ruso Yusoff se quedó mirando a Pubb sin hacer el menor ademán de entrar en la sala.

—¿Pretenden que celebremos una conferencia?

—Exacto.

—¿Quién nos asegura que no existen micrófonos ocultos?

Pubb emitió una risita irónica.

—Por toda la nave existen micrófonos, señor Yusoff. Y son infinitamente más perfectos que los de ustedes. No obstante, puedo asegurarles que nadie escuchará lo que hablen aquí. No olviden que necesitamos un rápido acuerdo.

El ruso todavía se resistió a entrar en la sala.

—Tiene que garantizarnos que nuestras palabras no serán escuchadas, comandante.

—La única garantía que puedo darles es mi palabra, señores —se impacientó Pubb—. Y opino que en estos momentos no tienen otra alternativa que aceptarla.

El norteamericano Grant dio una lenta cabezada y se encaminó al interior de la salita.

—Creo que el comandante tiene razón, Yusoff.

El ruso no tuvo más remedio que seguir a sus colegas, aunque lo hizo a regañadientes.

Pubb sujetó del brazo a Clarke.

—Usted vendrá conmigo, profesor.

Cuando los cuatro políticos penetraron en la estancia y la puerta quedó cerrada, Pubb pidió a Emmanuel Clarke que lo acompañara a la sala de controles situada en la cúpula de la nave. Allí se encontraba el Superior y, al parecer, deseaba hablar con él.

Clarke lo siguió a lo largo de varios pasillos ascendiendo en dos ocasiones a un nivel superior. Ya se hallaban en el corredor que llevaba directamente a la cámara de controles de la nave, cuando el inglés alargó la mano y retuvo al comandante.

—Un momento, Pubb, por favor.

El vluotiano se giró mirándolo.

—¿Qué ocurre, profesor?

—¿Tiene usted que pilotar la nave?

—No, profesor. Estas naves disponen de un personal altamente capacitado y dirigido por nuestros mejores cosmonautas. No me necesitan para despegar —En ese caso me gustaría hacerle unas preguntas, Pubb.

El comandan dio una cabezada, asintiendo.

—Adelante, profesor.

Clarke estuvo unos segundos silencioso y a continuación formuló

la primera pregunta:

—¿Qué rumbo tomarán estas naves, comandante?

—No lo sé, profesor. Lo decidirá el Superior.

—Sin embargo, ustedes han perdido la última oportunidad de supervivencia, ¿me equivoco?

Pubb dejó escapar una risita enigmática.

—La penúltima, profesor.

—Comprendo. Aún les queda la Tierra, ¿verdad?

Pubb lo miró fijamente a los ojos y, antes de responder, compuso una mueca sardónica.

—¿Qué desea usted que le conteste, profesor? —inquirió a su vez—. No puedo...

—Sólo deseo la verdad, Pubb —lo cortó Clarke—. Debo conocer el trayecto que seguirán.

El vluotiano encogió los hombros.

—En estos momentos ignoro cuál es la verdad. Todavía desconocemos si nos será posible despegar.

—Aun así...

—La llamada del Superior debe estar relacionada con su curiosidad —le atajó Pubb, levantando la diestra—. ¿Por qué no aguarda a charlar con él, profesor?

Súbitamente las paredes del pasillo comenzaron a vibrar y Pubb actuó rápidamente cogiendo a Clarke por los hombros y obligándolo a tenderse en el suelo.

—Pronto vamos a saber si tendremos que enfrentarnos al problema de la supervivencia, profesor.

Clarke no podía dominar el desasosiego que lo embargaba.

—¿Van a intentar el despegue?

—Exacto —contestó Pubb tendido a su lado—. Al parecer, ha llegado el momento deseado.

Las paredes empezaron a trepidar fuertemente al tiempo que un zumbido ensordecedor sonaba en el interior de la nave. Clarke pensó que no podría soportarlo y se llevó ambas manos a los oídos tapándoselos con desesperación.

Pero de pronto se hizo el más completo silencio.

El ruido ensordecedor y la tremenda vibración que sufrió la nave, apenas duró siete u ocho segundos. Desapareció de la misma forma súbita que apareció.

Pubb lo ayudó a incorporarse y sonrió.

—El problema sigue en pie, profesor.

—¿Quiere... decir que hemos logrado despegar?

—Eso es, profesor. Puede asomarse a esta mirilla V comprobarlo usted mismo.

Emmanuel Clarke se aproximó a la mirilla circular que le indicaba

el vluotiano y a sus ojos se ofreció un espectáculo increíble. La esfera metálica, enorme, que había sido el planeta artificial, se iba empequeñeciendo por momentos.

Y la nave surcaba al espacio a una velocidad aterradora.

De pronto, cuando el planeta parecía del tamaño de una pelota de fútbol sufrió una explosión y se desintegró en mil pedazos.

Pubb dejó escapar un resoplido.

—Hemos escapado por los pelos, profesor.

*

En la cúpula de la nave, donde se hallaba ubicada la cámara de controles, varios hombres y mujeres permanecían atentos a los paneles distribuidos por las paredes de la estancia circular. Obedecían las órdenes de un jefe sentado ante una gran pantalla situada en el centro.

Allí también se encontraban el Superior y los otros dos ancianos, al penetrar el comandante Pubb y Emmanuel Clarke en la sala. Después de unas breves palabras preliminares, dijo el Superior: —En primer lugar deseo expresarle nuestro sincero agradecimiento por la ayuda y comprensión hacia nuestra causa, profesor Clarke. Con seres como usted el Universo sería un remanso de paz.

El inglés no contestó, manteniéndose a la expectativa. Aguardó, inexpresivo el semblante, las siguientes palabras del jefe supremo de los vluotianos: —Quiero que también ahora comprenda nuestro proceder, profesor —dijo éste, al fin—. Lamento verme obligado a tomar una decisión que pueda lastimar la voluntad de los jefes terrestres, pero deben tener en cuenta que la extinción de mi raza peligra.

Se hizo un silencio y Emmanuel Clarke inquirió, despacio:

—¿Significa eso que ocuparán la Tierra, señor?

El Superior movió la cabeza en sentido negativo.

—Ocupación no es la palabra adecuada, profesor.

—Pero el hecho es que estas naves se dirigen a nuestro planeta, señor. ¿Estoy en lo cierto?

—En efecto —reconoció el Superior—. Nos dirigimos a la Tierra y es nuestra intención establecernos en ella al margen de lo que puedan decidir los jefes de estado en su conferencia. Sin embargo, no deseamos imponernos a los seres terrestres, ni crear en ellos un casos que a nadie beneficiaría.

Clarke hizo una mueca.

—No veo de qué forma pueden quedarse en la Tierra sin que eso suceda, señor.

El Superior lo miró fijamente a los ojos.

—Contamos una vez más con su inapreciable colaboración, profesor Clarke. Usted puede sernos de gran ayuda para llevar a cabo nuestros propósitos.

—¿Actuando en contra de los míos?

—Actuando en favor de ellos, profesor —explicó el Superior—. Debo recordarle una vez más que disponemos de armas lo suficientemente poderosas para vencer a los terrestres.

Antes de que Clarke pudiera contestar, se apresuró a aclarar el jefe de los vluotianos:

—Sin embargo no ha pasado por nuestras mentes la intención de utilizarlas, profesor. Sólo en caso extremo nos veríamos obligados a emplearlas contra ustedes.

—¿Qué considera un caso extremo, señor?

—El fomentar una destructiva guerra nuclear entre ustedes puede ser un ejemplo, profesor. En un caso así nos veríamos obligados a intervenir para evitarla.

Emmanuel Clarke dio una lenta cabezada.

—Comprendo.

—¿Está dispuesto a ayudarnos, profesor?

Clarke encogió los hombros.

—¿En qué sentido? No quiero ser señalado entre mis compañeros como un traidor. Supongo que es inútil esperar el acuerdo de los jefes de estado, ya que su consideración no será tenida en cuenta, ¿verdad?

—Al extremo que ha llegado la situación, así es, profesor —afirmó el Superior—. En cuanto a lo de ser considerado un traidor... sólo necesitamos hallar el lugar adecuado para establecernos, sin crear problemas. Usted puede indicarnos la zona más conveniente.

—¿Por qué yo?

—Porque usted comprende nuestra situación, profesor. Sabe que lo que intentamos hacer es completamente necesario para la supervivencia de la raza vluotiana.

Clarke se masajeó el mentón.

—No obstante...

—Podemos servirnos de su subconsciente, profesor. Facilitándonos los datos precisos en estado atávico, jamás podrá ser acusado de traidor a la Tierra.

Emmanuel Clarke sabía que aquella gente podría conseguir sus propósitos sin ninguna dificultad. Por eso levantó los hombros resignado.

—Pueden hacer lo que deseen, señor.

El Superior giró la cabeza y miró al jefe de vuelo de la nave.

—Confirmado el rumbo, comandante. Destino: la Tierra.

Clarke pensó que todavía tenía que agradecer la gentileza con que era tratado. Los vluotianos podían conseguir de él lo que quisieran,



sin su consentimiento.

CAPITULO XI

En el preciso instante en que Sterling se disponía a obedecer la imperiosa orden de Xion, descubrió a dos individuos medio ocultos por la vegetación del final de la arena.

A partir de entonces actuó por propia iniciativa, más bien por reflejos de conservación, sin escuchar los gritos desaforados de Xion pidiendo la inmediata elevación.

Por el contrario, Sterling accionó los mandos y el helicóptero descendió como una flecha en dirección al follaje donde se ocultaban los dos sujetos. Estos, al percatarse de las intenciones del piloto se incorporaron y emprendieron la fuga.

Pero fueron alcanzados inexorablemente por los patines de aterrizaje del aparato.

Uno de ellos se estrelló contra el tronco de un árbol, al salir violentamente despedido, y el otro aulló de dolor y perplejidad al resultar ensartado por uno de los salientes del tren de aterrizaje del helicóptero: Un buen puñado de ramajes quedó prendido en los patines y el aparato voló unos cuarenta metros a ras de suelo con gran peligrosidad para sus ocupantes.

Bruscamente lo posó Sterling en el lindero de la playa con la vegetación y tomando por completo la iniciativa, ordenó a gritos: —¡Fuera todos del helicóptero!

Dando ejemplo aferró a Wanda de un brazo y tiró de ella hacia el exterior, buscando inmediatamente refugio tras el grueso tronco de un árbol ligeramente inclinado.

Xion y sus dos compañeros habían abandonado también el aparato y corrían agazapados hacia el lugar donde se hallaban Sterling y Wanda. Llegaron junto a ellos en frenética carrera y, sin pensarlo dos veces, se arrojaron de bruces en el suelo arenoso.

Quine observó que cada uno empuñaba su pequeña desintegradora y entonces se acordó de la que él guardaba en el bolsillo. La extrajo imitándolos y sosteniéndola en la diestra utilizó la zurda para colocarla en la posición 06G.

Un pesado silencio los envolvía y rezongó furioso Xion:

—¿Qué ha pretendido hacer, Quine?

—¿A qué se refiere?

—Su acción ha sido alocada. Ha podido acabar con todos nosotros llevando a cabo su imprudencia.

El joven rió, áspero.

—¿No conocen los vluotianos las ventajas del factor sorpresa? En la Tierra decimos que aquel que pega primero tiene tiempo de hacerlo

dos veces, Xion.

—Ha jugado con nuestras vidas.

Sterling compuso una mueca de fastidio.

—Vamos, Xion. Deje de lamentarse y compruebe si estamos solos por los alrededores. No me gusta este silencio y usted lo podrá averiguar con su cajita mágica.

—Me dejé la localizadora en el helicóptero, Quine —repuso, tensas las facciones el vluotiano—. Si usted no hubiese obrado de una manera tan imprevista...

—¿Me piensa echar la culpa, Xion?

—Desde luego, Quine. Su acción sólo se puede calificar de irresponsable.

El joven dejó escapar un suspiro. Sujetó con fuerza la mano de su prometida y dijo tranquilo:

—Muy bien, Xion, a partir de este momento le dejo llevar la iniciativa. Me limitaré a obedecer órdenes. Sin embargo, le recuerdo que liquidé a dos enemigos.

—Un solo vluotiano puede acabar con todos nosotros, Quine —silabeó Xion, colérico—. ¿No puede asimilar eso?

—Vamos, Xion —rió Sterling—, está exagerando un poco. ¿Desea que le traiga la localizadora?

Wanda se aferró fuertemente al brazo de su prometido.

—¡Sterling...!

—Tranquila, nena.

Xion lo contemplaba muy abiertos los ojos.

—¿Se ha vuelto loco, Quine? ¿Es que acaso ha olvidado la eficacia de nuestras desintegradoras? En el jardín del profesor Clarke...

Sterling encogió los hombros, displicente, para confiar a Wanda y cuando lo hubo conseguido se desprendió de ella con rapidez y saltó en pie echando a correr en dirección al helicóptero.

Apenas había dado seis o siete pasos cuando un rayo azulado partió de la espesura, a su derecha, y el helicóptero se desvaneció ante su atónita mirada.

Se arrojó en rápida zambullida sobre la arena, en el instante en que otro rayo azulado pasaba por encima de su cuerpo sin alcanzarlo por verdadero milagro. Fue a chocar contra una roca de enormes proporciones que se desintegró con un extraño chisporroteo.

De la garganta de Wanda se escapó un grito de angustia:

—¡Sterling...!

Xion, Roll y Him Loky, habían entrado en acción sin pérdida de tiempo y enfocaban los rayos desintegradores sobre la espesa vegetación que cubría al agresor o los agresores.

El follaje fue desapareciendo bajo las descargas ininterrumpidas de los tres cosmonautas vluotianos que puestos ya en pie avanzaban sin

cesar de lanzar sus rayos aniquiladores.

Sterling levantó ligeramente la cabeza al escuchar un extraño quejido procedente de la parte de vegetación que iba siendo arrasada de la manera más extraordinaria.

Saltó en pie, saliendo al encuentro de los tres vluotianos.

—Ya se acabó, Xion. Esos tíos estaban aguardando su oportunidad y ustedes no les dieron ninguna.

Xion se detuvo y lo miró fijo a los ojos.

—¿Siempre es igual de irresponsable, Quine?

—Alguien tenía que ponerlos al descubierto, ¿no?

Wanda llegó y se abrazó, temblando convulsivamente al joven. Sterling le pasó el brazo por los hombros y la besó suavemente en la sien.

—Todo pasó, querida.

Xion sacudió la cabeza.

—¿Cómo puede estar seguro de eso, Quine?

—Usted mismo dijo que quedaban cuatro enemigos, contando a Latua Kam, ¿no? A dos de ellos los liquidé en mi picado con el helicóptero. Y los otros dos...

Sterling hizo un ademán señalando hacia la maleza desaparecida. Xion continuó mirándola, inexpresivo.

—¿Puede garantizarme que en la espesura habían dos hombres de mi raza, Quine?

—Bueno..., es de suponer que fuera así.

—No podemos dejarlo al azar, Quine —rebatió duro Xion—. Debemos tener la completa seguridad.

El joven levantó los hombros.

—Es una pena que se haya desintegrado también su cajita mágica, Xion. Yo pensaba pedírsela prestada cuando todo hubiese acabado. Para gastarle una broma al inspector jefe Keegan. Es de los que se aferran a los métodos antiguos...

Xion tenía prietos los maxilares.

—¿No puede hablar en serio alguna vez, Quine? Creo que jamás conseguiré entender a los terrestres.

—De eso puede estar seguro, Xion.

—Si tuviera la localizadora...

De pronto escucharon una voz procedente de unas rocas cercanas al lugar que ocupaban:

—Ya no te hace ninguna falta, Xion.

El vluotiano, girándose veloz. Al contemplar al hombre que le apuntaba con el orificio de una desintegradora, exclamó: —¡Latua Kam!

*

Durante unos segundos imperó el más completo silencio entre los presentes. Latua Kam avanzó sonriendo, sin perderlos de vista, pero centrando la mayor atención en los tres hombres de su misma raza.

—Una desagradable sorpresa, ¿eh, Xion?

—Te has quedado solo, Latua Kam —silabeó Xion, manteniéndose aparentemente sereno—. Los seis desertores que te acompañaban han sido eliminados.

—Eso es cierto. Gracias a este maldito terrestre.

Sterling inició una protesta:

—¡Eh, amigo; no insulte! Usted es un enemigo de la sociedad y yo soy un policía que...

—¡Silencio, terrestre! —lo cortó, con fría furia, Latua Kam—. Antes de acabar me ocuparé debidamente de ti.

Xion dio un paso en dirección al desertor de Vluo.

—No conseguirás nada acabando con nosotros, Latua Kam. Vendrán las patrullas que hagan falta hasta que seas ejecutado. Has sido sentenciado por el Superior.

—No me hagas reír, Xion —rebatió Latua Kam, levantando la desintegradora para contener el avance del otro—. ¿Creéis que con haber ideado ese nuevo aparato localizador está todo resuelto? ¿No os habéis parado a pensar en mi propia inteligencia? Yo también estuve trabajando en algo nuevo desde que decidí desertar. Sabía que un día u otro intentaríais encontrarme.

Xion arrugó el ceño.

—¿En qué Latua Kam?

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

—Eres muy libre de decirlo o no.

Latua Kam encogió los hombros sin dejar de sonreír.

—Está bien, no importa que lo sepáis, puesto que ninguno de vosotros escapará con vida. Yo también dispongo de un ingenio construido por mí que puede detectar a los seres de mi pueblo en un radio de unos ochocientos kilómetros, hablando en términos de la Tierra. Es cuanto necesito para preparar un adecuado recibimiento a todos cuantos vengan a visitarme.

Xion estaba pálido de rabia.

—Eres un miserable, Latua Kam. Los seres de tu especie no tienen derecho a la vida.

—Sin embargo, en este caso los papeles se han cambiado, ¿eh, Xion? Yo seguiré vivo y vosotros moriréis.

—Sólo será el principio de tu fin, desalmado —aseguró tenso Xion iniciando un avance suicida hacia Latua Kam—. Ya puedes empezar a oprimir el disparador...

Sterling comprendió que todo iba a perderse por aquella extraña

resignación ante la muerte que tenía el vluotiano Xion. Observó que Latua Kam se hallaba totalmente pendiente del avance de Xion y decidió jugárselo todo a una carta.

Inesperadamente se lanzó en rápida zambullida hacia las piernas de Latua Kam y logró chocar contra ellas. El sujeto perdió el equilibrio y cayó al suelo imprecando unas palabras que Sterling no pudo entender.

El joven procuró, por todos los medios, sujetarle la mano armada a pesar de que Latua Kam se debatió con inusitada fiereza.

Ya creía Sterling que se le escapaba, cuando escuchó a su espalda la voz helada de Xion:

—Puede soltarlo, Quine.

Sterling se incorporó resollando y al girar la cabeza se quedó estupefacto.

Los tres vluotianos amigos habían dejado caer sus desintegradoras cuando fueron sorprendidos por Latua Kam. Ahora las empuñaban nuevamente y tan pronto se hubo retirado el joven, tres rayos azulados convergieron en el cuerpo tendido del desertor.

Latua Kam desapareció ante las miradas llenas de estupor de Wanda y Sterling.

Xion se aproximó a la pareja.

—De nuevo tengo que darle las gracias, Quine.

—Esto… ha sido un frío asesinato, Xion —logró articular el joven —. No creí que…

—No se trata de un crimen, Quine —explicó, grave, el vluotiano —. Sencillamente, se ha cumplido una sentencia según marcan nuestras leyes. Puede estar seguro de ello, Quine.

El joven no contestó.

Entonces agregó el vluotiano Xion:

—Concluida nuestra misión debemos separarnos, amigo Quine. Espero que algún día volvamos a vernos en cualquier parte. Y… Procure ser menos impulsivo en el futuro.

Sterling se disponía a responder, pero de pronto boqueó perplejo.

Xion, Roll y Him Loky habían desaparecido.

Wanda y él se encontraban en aquella playa de Jamaica.

La chica pegó su cuerpo al de él y susurró, temblorosa:

—Todo esto… parece una pesadilla, Sterling.

CAPITULO XII

El presidente de los Estados Unidos, Harold Grant, observó que su secretario particular parpadeaba repetidas veces y sacudía levemente la cabeza.

—¿Le ocurre algo, Bragg?

—Creo que no, señor presidente. He sentido un extraño mareo por unos instantes. Incluso... lo he perdido de vista. Nunca me había ocurrido nada parecido.

Harold Grant suspiró hondo.

—Está cansado, Bragg.

—¡Oh, señor presidente!, debe perdonarme...

—Vamos, vamos, Bragg —sonrió Grant—. No pida disculpas por hacerle trabajar demasiado, hombre.

—Podemos continuar si lo desea, señor presidente,

—No, Bragg. Será mejor dejar los asuntos pendientes para mañana. Ahora debe irse a descansar.

El secretario cogió unas carpetas llenas de papeles de encima de la mesa pero aún insistió:

—Es temprano, señor presidente...

—No discuta mis órdenes, Bragg —lo cortó, con un ademán, Grant —. Ya deseo descansar también un poco.

—Sí, señor presidente.

Al quedar solo en el amplio y confortable despacho, Harold Grant apoyó los codos en la mesa que tenía delante y puso el rostro entre las manos abiertas.

¿Cómo pudo ocurrir un fenómeno semejante en el escaso periodo de tiempo de un segundo?

¿Era ficción o realidad?

No obstante, recordaba la pesadilla hasta en los más nimios detalles y, sin embargo, su secretario Bragg estuvo en todo momento despachando a su lado con él. Según sus propias palabras se sintió mareado y sólo un instante dejó de verlo.

A pesar de todo, tuvo la impresión de que el alucinante viaje a las estrellas se llevó a cabo. Podía recordar la conferencia mantenida entre aquellas paredes metálicas con sus colegas ruso, alemán y chino. Todavía estaba grabado en su mente, como si tan sólo hiciera unos minutos que discutían acalorados.

Y la decisión negativa respecto a conceder asilo a los extraños seres de los que eran prisioneros.

Pudo recordar perfectamente la expresión entre sorprendida y dolida de aquel anciano de cabeza descomunal al que llamaban el

Superior. Luego el brillo inusitado de sus pupilas… las palabras serenas que le dirigió a los cuatro…

«Siento de veras la decisión que han tomado, señores. Debieron tener en cuenta que condenan a la extinción a mil cuatrocientos seres que desean la paz y no la guerra. Lo que pueda ocurrir en el futuro depende de un acuerdo equivocado; el que acaban de tomar ustedes.»

A continuación fueron conducidos a un raro habitáculo cilíndrico sin emplear en ningún momento la violencia, casi amablemente. Quedó palpable que los extraños seres extraterrestres no deseaban emplear la menor violencia con ellos.

Y allí se acabó todo.

*

El profesor Emmanuel Clarke escanció un poco de brandy en dos copas y se giró, tendiéndolas a su hija Wanda y Sterling.

—Bien venidos a casa, muchachos —sonrió—. Observo que no te gusta la forma de viajar de los vluotianos, Sterling.

El joven con las retinas todavía llenas de luz azulada, masculló ceñudo:

—Puede estar seguro de ello, profesor. Nos encontrábamos en una playa de Jamaica…

—Y ellos han tenido la gentileza de traeros al punto de partida. En el fondo, debemos estarles agradecidos.

Wanda se abrazó impulsivamente a su padre y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Un poco de brandy que contenían las copas se vertió en el suelo.

—Cuidado, hija.

Wanda levantó el rostro mirando a su padre.

—He pasado un miedo horrible.

El profesor sacudió la cabeza levemente.

—Presiento que todos hemos pasado un poco de miedo al principio, hija. Aunque en verdad… no existía ninguna razón para temer de esos seres.

Sterling bebió un trago de la copa que cogió de la mano de su futuro suegro y fruncido el ceño comentó:

—Hemos vivido una aventura increíble. Ha sido como vernos atrapados de pronto en una pesadilla colectiva.

—No era una pesadilla, Sterling —rebatió serio Clarke—. Os puedo garantizar que todo ha resultado auténtico.

—¿Quiere decir… que usted ha viajado a la galaxia Andrómeda, profesor?

—En efecto.

—Pero… eso parece imposible —murmuró asombrado Sterling—.

Ha podido tratarse de un estado hipnótico...

—En absoluto, Sterling. Puedes asomarte al jardín y echar un vistazo al lugar donde se hallaba la estatua que desintegró el comandante Pubb. Te acabarás de convencer.

—Aún así...

—No insistas, Sterling —levantó la diestra Clarke—. Estoy completamente persuadido de la verdad de lo sucedido. Y a vosotros os debería ocurrir lo mismo.

Wanda se separó de su padre y miró a Sterling.

—Yo también estoy convencida de que todo ha sido verdad, a pesar de lo increíble que parezca. El miedo que sentí en el helicóptero y luego en la playa... Todo lo ocurrido era verdadero.

Sterling se pasó la mano por el mentón.

—La verdad es que a mí me sucede lo mismo. Quería estar seguro de la opinión de vosotros.

Se hizo un silencio y lo rompió Sterling, agregando:

—Todo esto es demasiado importante, profesor. ¿Se da cuenta de su exacta magnitud?

Emmanuel Clarke lo miró fijamente a los ojos y movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Yo puedo darme perfecta cuenta, Sterling.

—En estos momentos los vluotianos pueden estar estableciéndose en la Tierra —siguió el joven—. Nuestra obligación es comunicarlo a las autoridades...

—No, Sterling.

—¿Cómo dice, profesor?

—Tu obligación consiste en seguir la vida que, habitualmente, venías haciendo. Te casarás con Wanda, formaréis un hogar y deberás cuidar de ella. ¿Has olvidado, acaso, que los jefes del planeta saben también lo ocurrido?

Sterling miró atónito a Clarke.

—Sí, pero...

—¿Y si los vluotianos han decidido continuar un viaje errante por el espacio?

—No lo creo.

—Yo tampoco lo creo, Sterling. Pero insisto en que debes contraer matrimonio con Wanda y... cuidar de ella en el futuro. Esa debe de ser tu mayor obligación.

Ahora Wanda miró a su padre, arrugado el entrecejo.

—Estás hablando de una forma extraña.

El profesor se pasó la mano por la frente y compuso un gesto de infinito cansancio.

—Si me perdonáis me iré a dormir. Os aseguro que lo necesito realmente, hijos.

Wanda y Sterling lo vieron subir la escalera en dirección a su aposento. Ya en el último tramo se giró y después de mirarlos un momento ondeó la mano en muda despedida.

Sterling pasó el brazo por los hombros de la chica y ésta susurró extrañada:

—¿Te has dado cuenta del comportamiento de mi padre, Sterling?

—Desde luego —forzó una sonrisa él—. Cualquiera diría que...

Desterró de su mente los absurdos pensamientos que anidaban en ella y apretando con más fuerza a Wanda, aseguró: —En una cosa ha tenido mucha razón, Wanda.

—¿En qué?

—Dijo que debíamos contraer matrimonio inmediatamente; nena. Una idea formidable.

—Pero lo dijo de una forma...

—¿Qué importa eso, querida? Los hombres de edad avanzada, incluso los científicos de cerebros privilegiados como tu padre se emocionan con relativa facilidad.

—Aun así...

Sterling la obligó a ponerse de frente y luego la enlazó por la cintura atrayéndola contra su pecho. Se inclinó besándola largamente en los labios y al separarse, dijo risueño: —Ahora que todo ha terminado, lo mejor es casarnos cuanto antes, Wanda. Prometo que me dejaré ganar la partida cada vez que desees jugar al tenis.

—¡Oh, Sterling!, no debes tomarlo a broma —protestó la muchacha—. Esos seres extraños...

Sterling la obligó a guardar silencio por el sencillo sistema de aplastar la boca en los labios de ella.

—Olvídate de los vluotianos, Wanda. Todo ha concluido.

¿Pero estaba completamente seguro Sterling Quine de que todo había finalizado?

¿No sería el principio, en lugar del final?

A la mañana siguiente ocurrió un hecho que los llenó de desasosiego.

*

El padre de Wanda no se encontraba en su habitación, ni en el lecho se observaban señales de que hubiera pasado la noche en él. Todo, en la estancia, aparecía intacto.

Tampoco pudieron encontrar la vestimenta que el profesor llevaba puesta la noche anterior.

Sólo una enigmática y breve nota sobre la mesita de noche. «Recuerda tu obligación, muchacho.»

Wanda no tuvo dificultad en reconocer la letra de su progenitor.

Durante varios días, Sterling Quine se ocupó personalmente de la búsqueda del profesor Emmanuel Clarke. Comunicó la misteriosa desaparición a sus superiores, aunque se abstuvo de mencionar a los vluotianos, obedeciendo las indicaciones del propio científico.

Todo resultó inútil.

Al término del sexto día de búsqueda, Sterling regresó junto a Wanda y posó las manos en los hombros femeninos con una expresión de desaliento reflejada en el rostro.

—Es inútil seguir buscando, Wanda.

Ella se apretó contra su pecho.

—Sterling...

—Debemos pensar que tu padre se encuentra en buena compañía, querida. Es cuanto podemos hacer.

El joven besó las mejillas por las que se deslizaban silenciosas lágrimas, y añadió pensativo:

—Tu padre no deseaba que hablásemos sobre los vluotianos v pienso respetar su deseo. Pero... el mundo debería ser informado de que no estamos solos en la Tierra.

EPILOGO

Cinco años después…

Sterling Quine y Wanda Clarke se convirtieron en marido y mujer a las dos semanas de la misteriosa desaparición del profesor. Nunca volvieron a tener noticias de él.

Durante unas vacaciones por el Pacífico, a bordo de un pequeño yate, sufrieron una avería en las máquinas, cerca de las islas Marquesas. El barco quedó a la deriva.

Unos pescadores nativos de una de aquellas islas, estaban faenando en las proximidades y acercaron sus barcazas al blanco yate ofreciéndose a reparar la avería.

Cuando dos viejos pescadores subieron a bordo, tanto Sterling como su esposa respingaron sorprendidos.

Y fue Wanda la que exclamó:

— ¡Padre…!

Uno de los viejos pescadores se giró a ella y la miró fijamente, durante unos segundos.

—Creo que sufre una equivocación, señorita. Si nos lo permiten echaremos un vistazo a la avería.

Wanda fue a precipitarse sobre el pescador, pero Sterling la sujetó fuertemente por los hombros. La estrechó contra su pecho y permitió a los dos hombres que repararan la rotura.

Sin embargo, a pesar de la piel bronceada por el sol de aquellos hombres, y de las exóticas vestimentas que usaban, Sterling reconoció sin lugar a dudas a Emmanuel Clarke y el comandante Pubb.

Cuando hubieron terminado la reparación, ambos subieron a la cubierta y dijo Pubb:

—Ya pueden continuar su viaje.

Wanda miró suplicante a su padre e insistió, trémula la voz:

—Por favor, padre… ¿No me reconoces?

El viejo nativo contrajo los músculos del rostro durante una fracción de segundo. Luego miró fijo a los ojos de Sterling Quine y acabó sacudiendo la cabeza.

—Su esposa ha tomado demasiado sol, muchacho… —hizo una breve pausa y, a continuación, agregó—: Debe cuidar mucho de ella…, hijo.

Sterling asintió dando una lenta cabezada sin apartar la mirada de los ojos del hombre.

Los, dos pescadores cambiaron una mirada de franca amistad entre sí y después descendieron a su barcaza. Cuando ésta comenzó a alejarse, Sterling y Wanda los vieron ondear la diestra.

En la misma forma que se despidió aquella noche el profesor Clarke, desde lo alto de la escalera.

En los ojos de Wanda había abundantes lágrimas y su marido la apretó fuertemente contra sí, murmurando:

—Tu padre ha escogido libremente su paraíso, querida.

FIN